

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 834.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Simon Bolivar; grabado. — **Recuerdos y tradiciones de Cataluña.** — **El rey de Siam**; grabados. — **Berryer**; grabado. — **La erupcion del Vesubio**; grabado. — **Revista de Paris.** — **Relacion entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.** — **Rio-Janciro**; grabados. — **Los indios en los Estados Unidos**; grabados. — **Debe y haber, novela escrita en aleman por Gustavo Freitag.** — **Fraguas imperiales de la Chaussade en Guerigny**; grabados. — **Las once encarnaciones del sombrero, por Cham**; grabados. — **Manuela, novela original por Eugenio Diaz.** — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **Baja Normandia: Las reuniones y los trajes**; grabado.

Simon Bolivar.

Consagramos la primera página de este número a la reproduccion de la estatua de Bolivar, monumento que debe erigirse en la capital del Estado de Guayana, que ha tomado el nombre de Ciudad-Bolivar. M. Eugène Thirion, cónsul de Venezuela en Paris á cuyo cargo corria la ejecucion de esta obra nacional, decretada por el honorable presidente del Estado de Guayana, señor Dalla Costa hijo, ha tenido la bondad de comunicarnos los dibujos y la descripcion de la estatua que vamos á dar á continuacion, seguida de un extracto tomado de la *Vida del Libertador*, por Felipe Larrazabal y de una poesia de Abigail Lozano, al héroe de la América del Sur.

La estatua fundida en bronce en Munich, se debe al talento del escultor Tenerani, de Roma: tiene 2 metros, 10 centímetros de altura y se colocará sobre un zócalo de hermoso mármol de Carrara, cuya altura de 5 metros sobre una anchura de 2 metros 20 centímetros en la base, contribuirá á dar al monumento un aspecto grandioso; por último, el pedestal se hallará sobre tres gradas tambien de mármol, de las cuales la primera tendrá 4 metros de larga.

En la cara principal está grabada la inscripcion siguiente:

Al Libertador, Simon Bolivar, el Estado de Guayana, año de 1868.

En la cara opuesta hay esta otra inscripcion:

El Presidente del Estado, Juan Bautista Dalla Costa hijo, inició en la festividad del 28 de octubre de 1867, el pensamiento de erigir esta estatua, y cometió el encargo de realizar la obra, á una comision compuesta: del general en jefe Simon Briceno, doctor

J. G. B. Siegert, José Lezama, Hilarion Gambus, Tomás Machado, Andrés Jesus Montes.

En medio de una de las caras laterales hay esculpido en relieve el escudo de armas de la república, en cuyo centro está el potro cerril, tipo de la libertad y de la independencia.

En la cuarta cara se ve tambien en relieve un pabellon de armas adornado con palmas y ramos de laurel. Esta obra de gran mérito artístico se inaugurará seguramente en Ciudad-Bolivar en este año de 1869.

Hé aquí ahora el extracto biográfico y la poesia:

Simon Bolivar nació el dia 24 de julio de 1783.

En ese año mismo, el rey Carlos IV de España, unido por el pacto de familia con el soberano de la Francia, obligó á la Inglaterra á reconocer la independencia de las colonias de Norte América. ¡Quién le hubiera dicho que acababa de nacer el que habia de arrebatarle tambien las suyas!

Recibió el niño en la pila bautismal los nombres de Simon, José Antonio, de la Santísima Trinidad; y sus padres, don Juan Vicente Bolivar y doña Maria de la Concepcion

Palacio y Sojo, ensalzaron con júbilo la bendicion que por cuarta vez derramara el cielo sobre su casa. Mas comenzaba el niño apenas á encantar con las gracias seductoras de la primera edad, cuando inhumana la muerte tendió sus alas para privar al padre de recrearse en ellas.

Don Juan Vicente Bolivar murió el 19 de enero de 1786.

¡Desde el principio y en los años de la debilidad, comenzó Dios á quitar apoyos á quien debia aparecer solo en la escena del mundo, y grande por lo misterioso y sorprendente de su mision!

Era costumbre entonces, en las familias reguladas, llevar los niños á la sagrada confirmacion á los siete años; porque parecia que entraban en el uso de la razon y era justo corroborarlos en la fe. La tarde del 11 de abril de 1790 fué escogida para que en ella, Simon recibiese aquel sacramento de manos del Ilmo. señor don Mariano Marti, siendo su padrino don Estéban Palacio, uno de los deudos que con mayor predileccion le amaba.

La señora Palacio, buena esposa y tierna madre, en medio del recogimiento propio de su triste estado, cuidó con esmero de la educacion del niño, llenando con su ejemplar y diligente ahinco, la falta irreparable de su esposo. Dió por maestro de primeras letras de Simon, á don Simon Rodriguez, especie de Diógenes, de acreditada probidad y adernado de sentimientos de honor, que ejercia el profesorado público en Carácas; y luego, para las materias superiores, al presbítero don José Antonio Negrete y á los señores Carrasco y Vides. Don Guillermo Pelgron le enseñó los rudimentos de la lengua latina que pronto olvidó el niño. Fueron tambien preceptores de Bolivar el padre Andújar, capuchino español, y don Andrés Bello. Este le enseñó un poco de cosmografía y geografía.

Quando el joven Simon cumplió quince años, (época para la cual habia tenido la desgracia de perder tambien á su madre), le envió á España don Carlos Palacio, su curador, con el propósito de que en Madrid completase su educacion.

Vestia entonces el uniforme de teniente de milicias regladas de Azagua, de cuyo regimiento habia sido coronel su padre.

Al medio dia del 19 de enero de 1799 se



Estatua de Simon Bolivar.

embarcó Bolívar en la Guayra, á bordo del navío *San Ildefonso* que comandaba don José de Uriarte y Borja, oficial de la marina real de España, y siguió la derrota de Veracruz; en este puerto debía tocar el *San Ildefonso* para recibir los caudales que de allí se enviaban á la metrópoli. Las estadías que el buque debía hacer en aquella playa mal sana, las aprovechó el joven Simon para pasar á Méjico y visitar despacio la capital del imperio de Motezuma. Puesto en camino, conoció las ciudades de Jalapa y Puebla: célebre esta por sus mármoles y una de las mas considerables de las colonias españolas despues de Méjico, Guanajato y la Habana. En Méjico vivió en la casa de la marquesa de Uluapa, quien conservaba hasta ahora años el retrato de Bolívar y hablaba con asombro de la vivacidad de su joven huésped. Salía con al oidor Aguirre, para el cual habia llevado cartas del intendente don Estéban Fernandez de Leon, y aquel le presentó al virey don Miguel José de Azanza, que fué despues duque de Santa Fe. El virey parecia gustar mucho del lenguaje del *Caraqueño*, de su despejo, de sus prontitudes y le cuestionaba para admirar su soltura, hasta cierto dia en que de pregunta en pregunta se pasó á cuestiones políticas de peligroso exámen. Advertido el virey, sacó la conversacion á otro terreno, y en privado suplicó al oidor que tratase de despachar cuanto antes á aquel mozo para España.

Continuando el viaje, hizo todavía la nave escala en la Habana. De este puerto salió en convoy con el navío *San Pedro Alcántara*, y las fragatas *Cármen* y *Esmeralda*, bajo el mando de don Dionisio Alcalá Galiano; hicieron en veinte y siete dias la travesía de la Habana al cabo Ortugal; pero en esta altura les sobrevino una recia tempestad que á las pocas horas era desecha; alejaronse luego las fragatas mal paradas; el *San Pedro* se estuvo á la capa durante el dia, desviándose por la noche, y el *San Ildefonso* luchando contra una mar embravecida, pudo, al cabo de trece dias, tomar puerto en Santoña, ensenada de la provincia de Santander, á corta distancia de esta ciudad.

De Santoña siguió Bolívar por Bilbao, camino para Madrid.

En la corte, el futuro libertador vivió con uno de sus tios maternos, don Estéban, que gozaba de la gracia de los reyes, por relaciones de amistad con Mallo, favorito entonces de Carlos IV y María Luisa.

Don Manuel Mallo era americano, natural de Popayan, y habia residido por largos años en Carácas.

La reina María Luisa distinguia mucho á Bolívar, como amigo y paisano de su favorecido Mallo. La casualidad le proporcionó hallarse una noche en cierta casa á la que habia ido la reina disfrazada, y la acompañó en su regreso al palacio; circunstancia que influyó mucho en el aprecio que hacia María Luisa de él, y le procuró estar en los sitios reales con bastante confianza. «El príncipe de Asturias, Fernando, me invitó una tarde en Aranjuez á jugar á la raqueta, contaba el Libertador, y le di con el volante en la cabeza. Fernando se molestó; pero su madre, que estaba presente, le obligó á continuar el juego, porque desde que convidó á un joven caballero para distraerse, se habia igualado á él. ¿Quién hubiera anunciado á Fernando VII, decia Bolívar con aire de satisfaccion, que tal accidente era el presagio de que yo debía arrancarle la mas preciosa joya de su corona?»

Vivia por ese tiempo en Madrid, rodeado de domésticas satisfacciones y con sobra de merecidos respetos, don Bernardo Rodríguez del Toro, hermano del antiguo marqués del Toro, de Carácas; persona de condicion dulce y de trato honesto y franco. Cuidaba con esmero de la educacion de sus hijos; y aquellos continuos desvelos recibieron por premio los gozes de los mas dulces sentimientos de la vida. Visitábale Bolívar con frecuencia; y la confianza con que en la casa era recibido á título de pariente y compatriota, le hizo conocer y estimar el mérito que distinguia á Teresa, hija de don Diego y de la señora doña Benita Alayza, descendiente de los marqueses de Inicio y Alayza. Bolívar amó á Teresa con pasion; y no solo por sus encantos y belleza, sino tambien por su bondad y las dotes de su corazon y de su espíritu. Amamos mas lo que mas nos cuesta, decia un apotegma antiguo; y con razon, que parece emplear allí mas caudal la voluntad. Sin embargo, á Bolívar no le fué costosa su inclinacion á Teresa, quien le correspondia con inocente amor, juntando en uno aprecio y afecto.

En 1810, despues de la paz de Luneville concluida entre la Francia y el Austria (9 de febrero), Bolívar visitó á Paris, pasando sucesivamente por Barcelona, Marsella y Lyon. Bonaparte, primer cónsul, abria entonces la época augusta de la restauracion social, sacando la nacion francesa de los abismos de la anarquía. Bolívar admiraba, diré mas, amaba á Bonaparte; y aquella república triunfante de los viejos tronos: aquel héroe de la libertad, tan bizarro en los campos de honor como admirable en los consejos del gabinete, llenaban su alma de hermosas impresiones que la avigoraban y enaltecieron.

De vuelta de Francia, Bolívar contrajo matrimonio en Madrid con la señorita Teresa Toro y Alayza, y se encaminó luego con su compañera á la Coruña, donde sabia que se aparejaba una embarcacion para la Guayra. En ella, alzadas las velas, partió sin dilacion.

Terminaba el año de 1801.

La muerte de la señora Toro tuvo grande influencia en la vida pública del Libertador Simon Bolívar. Lo hizo desde luego cambiar de ideas, emprender su segundo

viaje á Europa, y situarle mas resueltamente en la senda de la política. El mismo Bolívar lo confesaba así: «Quise mucho á mi mujer, decia el Libertador, y á su muerte juré no casarme otra vez. He cumplido mi palabra. Si no hubiera envidiado, quizás mi vida hubiera sido otra; no seria el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. Sin la muerte de mi buena esposa, decia tambien, no hubiera hecho mi segundo viaje á Europa, y es de creer que en Carácas ó en San Mateo no me habrian venido las ideas que en mis viajes me vinieron, ni habria tomado la experiencia ni hecho el estudio del mundo, de los hombres y de las cosas, que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera pública. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir el carro de Marte en lugar del arado de Ceres.»

Nuestro joven viajero, acompañado de su amigo don Simon Rodríguez, vivia en Roma, en una posada de la plaza de España, al lado de la escalera que conduce á la Trinitá di Monti. Su pasion insaciable era la vista del Coliseo. El Coliseo es la mas bella de las ruinas.

La vista del campo romano les refrescó la memoria de las fértiles campiñas de Carácas. Hablaron del Monte Sacro y de la libertad de Venezuela. Se indignaron contra la opresion. El maestro y el discípulo, colocados en la augusta colina, mas allá del Anio, victorearon la libertad futura de la América, en el mismo lugar en que Roma afianzó por dos veces sus sacrosantos derechos. Bolívar, inflamado el corazon, tomó las manos de Rodríguez, y con enérgica frase, juró sobre aquella tierra santa la libertad de la patria.

De la opulenta y deliciosa Partenope, donde Bolívar vió al nuevo rey, José Bonaparte, soberano de las Dos Sicilias, volvió á Paris; y de aqui, atravesando la Holanda, se fué á Hamburgo, ciudad libre de la Confederacion Germánica. Pocos dias permaneció allí, habiendo tomado pasaje para Boston, bella y grande ciudad de los Estados Unidos de la América del Norte. Las poblaciones florecientes de Boston, New York, Philadelphia y otras, interesaron la curiosidad de Bolívar; visitó varios Estados, y por fin, en Charleston (colonia del Sur) se embarcó para la Guayra, habiendo tocado en Antigua, donde la nave hacia escala.

Bolívar entró en Carácas á fines de 1806.

Bolívar pensaba mucho, y sus aparentes distracciones eran íntimos retiros del discurso para pensar mejor. Sin embargo, debemos decir, para terminar este capitulo, que los viajes le aprovecharon en gran manera; porque fueron para él lo que para Moisés los desiertos de Etiopía, donde recibió la inspiracion y el mandato de salir despues al Egipto del mundo á libertar á sus hermanos de la dura opresion de Faraon.

(De la *Vida del Libertador*, por Felipe Larrázabal.)

A Bolívar.

Es Bolívar... El héroe de los héroes,
El patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria,
Que las cumbres del Avila alumbró.
He escuchado en la noche unos sonidos
Que murmuran las selvas y los mares...
Son tal vez los magníficos cantares
Del ángel que á Bolívar custodió.

He visto por las tardes en Oriente
Dos hermosas estrellas enlazadas,
Y al lampo de sus luces argentadas
La cifra de su nombre comprendí.
He buscado su sombra misteriosa
En el valle, en el monte, en las praderas;
Solo en un viejo bosque de palmeras
A la luz del crepúsculo la ví.

He creído mirarla tras la nube
Con que á veces el sol en Occidente
Suele ocultar su moribunda frente,
Cuando el ave le da su triste adios.
Y en la voz que se escapa del desierto,
Gigante, majestuosa y solitaria,
He escuchado el rumor de una plegaria
Que sube por Bolívar hácia Dios.

Acaso la deidad de esas montañas
Que la América ostenta por do quiera,
En las ramas colgó de una palmera
Una inmensa campana de metal;
Y al estridor de su primer tañido,
Que vibró en las cavernas de los montes,
Fulgurante asomó en los horizontes
El astro de ese Genio celestial.

La nube al reventarle dió su rayo,
Su voz estruendorosa el torbellino,
Su magnífico lábaro el destino,
Y su aliento de trueno el huracan.
La condor imperial de la victoria
Besó en su sien sus lauros de guerrero,
Y al relucir de su triunfante acero,
Ella fué su deidad, su talisman.

La libertad en su radiante carro
Tirado por el dios de la batalla,
Apagó los volcanes de metralla
Que en torno vió del Adalid arder...
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria
No levanta sus nubes el olvido,
Que el laurel que á su márgen ha crecido;
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

Porque es tu nombre un astro rutilante
Que brilla solitario en el espacio,
Donde fulgura el inmortal palacio
Que en la América alzó la Libertad.
Y las ígneas estrellas que coronan
Su inmenso disco de esplendente llama,
Sus satélites son que el mundo aclama
Porque tu sol les dió su claridad.

El viento de la envidia tempestuoso
Ronco rugió sobre tu egrégia frente,
Mas no pudo su soplo maldiciente
Tu inmarcesible lauro desgajar.
Cuando un siglo ya trémulo y caduco
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que nace: — Guarda ese letrero
Santo nombre de un héroe tutelar.

Y cuanto todos ellos confundidos
Rueden á sepultarse en el espacio,
Entre nubes de incienso y de topacio
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
El grabará su nombre en el gran libro
Donde miran sus nombres los patriarcas,
Y en sus excelsas, inmortales arcas
Escribirá tambien: — LIBERTADOR.

Seco ya de la vida el ancho rio.
Vuelta la tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno: — ¡ Levantaos!
Y una palma en los mares se alzará:
Sobre su eterna y solitaria copa
Una blanca paloma de los cielos,
De la tiniebla entre los negros velos
Tu nombre y tus hazañas cantará.

Dios llamará á su arcángel favorito,
Le enseñará una extraña melodía
Para que arrulle el sueño que te envía.
Sonreído de amor en su dosel...
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
Las coronas de un dios son tus coronas,
Y el inmenso raudal del Amazonas
Las aguas que fecundan tu laurel.

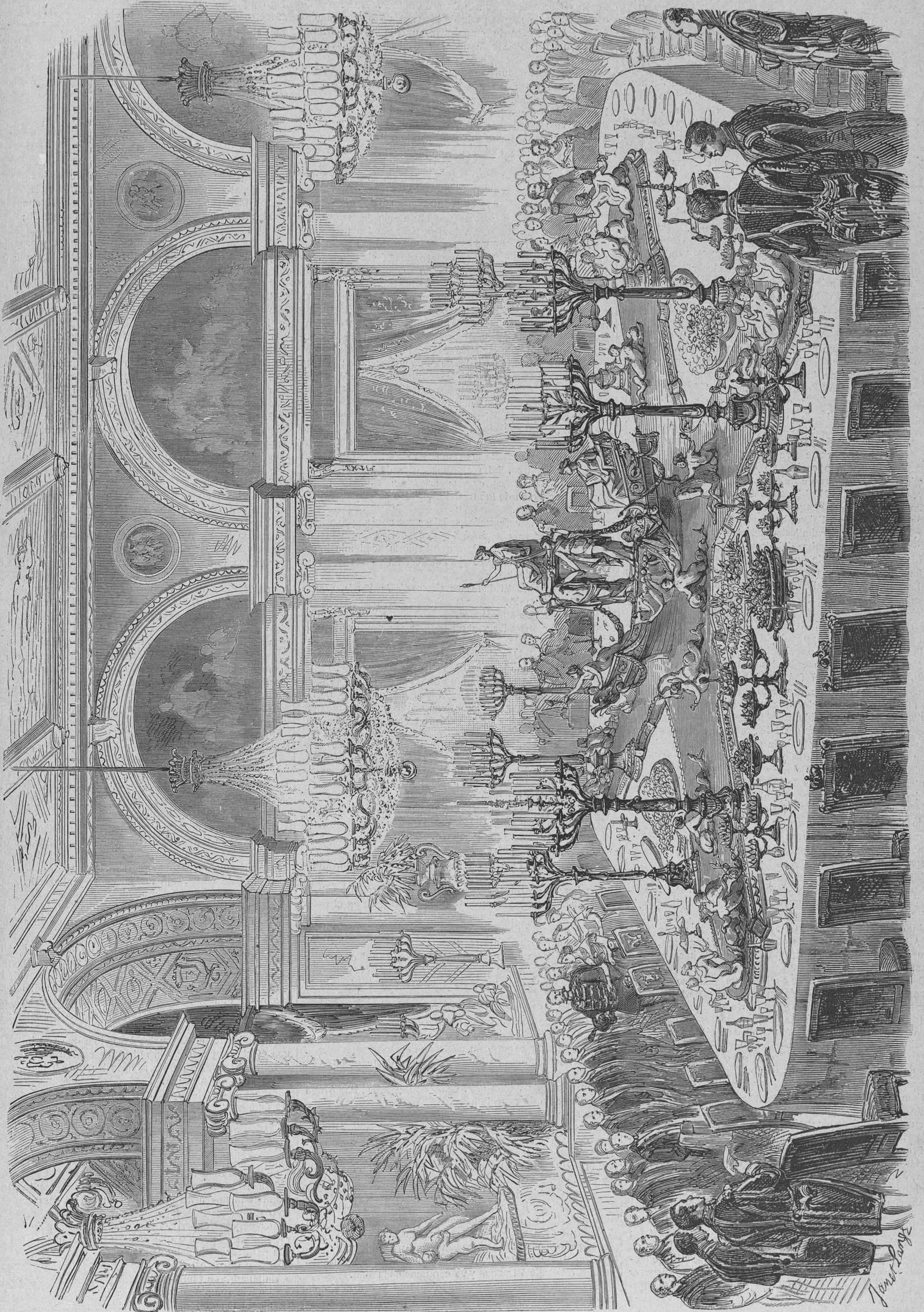
ABIGAIL LOZANO.

Recuerdos y tradiciones de Cataluña.

DON BLASCO DE ALAGON.

Quando el rey Don Jaime, llamado mas tarde *el Conquistador*, mozo aun, trató de casarse para asegurar descendencia á su real linaje, recelando sus cortesanos que tomara por mujer á doña Teresa Gil de Vidaura, hermosa señora de quien estaba enamorado y con quien sostenia deshonesto trato, aconsejaronle é instaronle á que se enlazara con Doña Leonor de Castilla, hija de Alfonso IX, llamado comunmente el de las Navas. Cedió Don Jaime á sus consejos, pero no se pasó mucho tiempo sin que fuera notorio en palacio y en todo el reino el desafecto, por no decir aborrecimiento, con que miraba el rey á su esposa, ya procediese de que ansiaba mayor libertad, ya de entregarse por completo á otros amores, ya de no encontrarla suficientemente hermosa.

En el interin, doña Teresa Gil de Vidaura, la desdenada amante que tenia hijos del rey, habiase partido de Aragon y habia corrido á Roma arrojándose á los piés del papa pidiéndole que «la hiciese justicia del rey Don Jaime, dice la crónica, que se habia prometido con ella y hubiera en ella dos hijos, y por consiguiente



Fiesta del Hotel de Villa dada en honor de SS. MM. el emperador de Rusia y el rey de Prusia. — Llegada de SS. MM. á la mesa de la cena.

James Lange

Revista de Paris.

Esta semana se observa en Paris escasez de soberanos extranjeros. No tenemos mas que al virey de Egipto, cuya llegada anunciamos ya en nuestra última revista. A las ligeras indicaciones que dimos entonces, añadiremos hoy la descripción de su entrada que tomamos del diario oficial del imperio.

Su Alteza Ismail-bajá llegó á esta capital á las cinco de la tarde por el ferro-carril de Lyon.

El emperador envió á Lyon, para cumplimentar al virey, á su ayudante de campo el general vizconde Pajol y al caballero M. Raimbeaux, á los cuales destinó al servicio de Su Alteza durante su permanencia en Francia.

A su llegada, el virey fué recibido en la estación por el prefecto del Sena y por el prefecto de policía. Estaban tambien allí S. E. Djemil-bajá, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de Turquía, y el personal de su embajada. Un batallón de infantería de línea, con su correspondiente música, formaba el cordón en el patio de la estación.

Cinco lujosos coches de palacio, de dos caballos cada uno, y una escolta de lanceros de la guardia imperial, aguardaban al virey para conducirlo á él y á su servidumbre al palacio de las Tullerías. La comitiva se puso en marcha por este orden: Dos postillones, ocho lanceros de la guardia, un piquete de caballería, el primer coche cerrado, en el cual iban S. A. el virey, S. E. Djemil-bajá, embajador de Turquía, el general vizconde Pajol, ayudante de campo del emperador, y M. Outrey, cónsul general de Francia en Egipto; detrás del carruaje una compañía de lanceros de la guardia; el segundo coche, en el cual tomaron asiento Ragheb-bajá, ministro de Relaciones internacionales del virey, Chachine-bajá, M. Fernando de Lesseps y Anen-bajá, primer ayudante de campo de S. A.; los tres últimos coches, que ocupaban Falaad-bajá, primer secretario del virey, M. Raimbeaux, caballero del emperador, y los demás oficiales de la servidumbre del virey, y por último una compañía de lanceros de la guardia.

La comitiva siguió por la calle de Lyon, por la plaza de la Bastilla y por las calles de San Antonio y de Rivoli, entrando en el palacio de las Tullerías por la puerta de l'Echelle.

La guardia de palacio tributó á S. A. los honores correspondientes á los príncipes de la familia imperial. A cada lado de la escalera del pabellón del Reló y de la galería de la Paz estaban formados soldados de la misma guardia.

Su Alteza Ismail-bajá fué recibido al pié de la escalera por el gran maestro de ceremonias, el gran chambelán y los oficiales del emperador que estaban de servicio.

Su Alteza fué conducido al salón del Primer Cónsul, donde se hallaba S. M. la emperatriz, rodeada del mayordomo mayor de palacio, del jefe de la guardia imperial, del ayudante general de palacio, de su dama de honor y de sus oficiales y damas de servicio. En seguida se verificó la presentación de las personas de la servidumbre de SS. MM. y de las de la del virey, despues de lo cual se acompañó á Su Alteza Ismail-bajá con el mismo ceremonial que á su llegada hasta el pié de la escalera, donde subió con las personas de su servidumbre en los coches de palacio, encaminándose luego al pabellón Marsan, donde se le tenia preparada habitación.

A propósito del virey de Egipto dice la *Patrie* que diversos periódicos han dado equivocadamente á S. A. Ismail-bajá el título de *Rey*, por cuanto el verdadero soberano de Egipto es el sultan. Segun parece, el reciente firman emanado de la Sublime Puerta no hace mas que confirmar á Su Alteza, al mismo tiempo que amplia sus poderes, el título de *Virey* que le daban por cortesanía hacia mucho tiempo las potencias.

Dos dias despues hubo en Tullerías un gran banquete en honor del virey de Egipto, del gran duque y de la gran duquesa de Baden, del príncipe Humberto, del príncipe y de la princesa de Sajonia. Todos los dignatarios agregados al servicio de estos príncipes se contaban en el número de los convidados.

El virey de Egipto ha recibido en su elegante palacio del Campo de Marte á todas las notabilidades parisienses. La recepción fué de las mas cordiales. Ismail-bajá no pierde el tiempo en Paris, y cada dia hace una nueva excursion visitando todos los monumentos, museos y establecimientos que mejor dan á conocer el genio de la industria francesa y los incesantes progresos de la administracion interior de la Francia. Así es que se le ha visto en la casa de Moneda, en los hospitales, en el palacio Legislativo, en la Exposición, en el Jardín botánico. Este deseo de adquirir conocimientos prueba que es verdad cuanto se habia dicho de la ilustración y tendencias progresivas del virey de Egipto.

Parece ser que ya se ha fijado para el dia 15 de julio el viaje á Paris del emperador y de la emperatriz de Austria; pero antes tendremos la visita del sultan, que se halla en camino. Por el pronto ha llegado ya Kiamil-bajá, introductor de embajadores, que precede al sultan para disponer sus habitaciones en Paris y en Londres. Acompaña al soberano Reouf-bey, nombrado bajá con este motivo, y primer ayudante de campo. Este oficial ha sido educado en Europa y habla varias lenguas, lo cual será tanto mas útil en

cuanto el sultan, despues de visitar á Paris, irá á Londres, Berlin y Viena. Su ausencia durará un mes. Trae magníficos caballos, la mayor parte de los cuales serán regalados á los soberanos. A la emperatriz Eugenia le regalará un suntuoso servicio de café á la oriental, con piedras preciosas.

Dícese que el sultan emprende gustosísimo este viaje, animado por el deseo de ver la Europa y de hacer conocimiento con los dos grandes amigos y aliados de su imperio. Tambien se cuenta que Fuad-bajá se ha comprometido á conducir á su soberano á Francia y á Inglaterra y á volverle á Constantinopla por menos de un millón de francos; pero es de creer que la expedición imperial costará algo mas que esto.

La villa de Paris dará al sultan el 5 de julio próximo una gran fiesta, á la que asistirán 2,500 convidados. La galería llamada de las Fiestas se convertirá en salón de banquete, y habrá dos grandes orquestas, una en la sala de las Arcadas y otra en la del Trono. Ya han comenzado los preparativos. En el patio de honor se trabaja para establecer nuevos conductos de gas, á fin de aumentar los efectos de luz. En suma, se quiere que esta fiesta no sea menos espléndida que la que se dió á los soberanos de Rusia y de Prusia.

De lo que se habla mucho tambien es de los grandes preparativos que se están haciendo en el palacio de la Industria para la ceremonia de la distribución de recompensas concedidas por el jurado de la Exposición universal, ceremonia que tendrá lugar el lunes próximo.

Los premios están acordados ya como hemos dicho; pero no todas las decisiones son públicas, y mas de un laureado ignora aun la decisión que le espera. El jurado internacional ha trabajado sin descanso, y además ha querido que su obra fuese completa é irreprochable. Así es que se ha formado un comité encargado de inquirir antes de la hora de la distribución de recompensas la probidad comercial de los elegidos del jurado. En las dos exposiciones anteriores en Paris y en Londres, hubo algunos casos de quiebra entre los premiados, casos que se ocultaron cuidadosamente hasta la recepción de las medallas, y esto es lo que se quiere evitar en el dia.

Volviendo á la ceremonia, señalaremos aquí su programa: Las puertas se abrirán á las doce del dia, y á la una M. Jorge Haynl, director de orquesta de la Academia imperial de música y sus 1,200 ejecutantes, tocarán la obertura de *Ifigenia* de Gluck.

Seguirá el coro titulado los *Cantos de la Tarde*, escrito por Feliciano David.

Entrada de Sus Majestades.

Himno al emperador y al pueblo francés, escrito por Rossini.

Discursos dirigidos al emperador (probablemente contestación del soberano), y distribución de recompensas.

Sus Majestades recorrerán las diversas partes de la nave principal, y á medida que vayan pasando al frente de las diversas secciones extranjeras, una orquesta de las mejores músicas de las tropas de la guardia tocará el aire nacional de cada país.

Luego se ejecutará la obertura de la *Muda*, y se concluirá con el magnífico coro de *Judas Macabeo*.

El himno de Rossini citado en este programa, y cuyas palabras son de Pacini, tiene el siguiente título:

« Á NAPOLEON III Y Á SU VALEROSO PUEBLO, HIMNO CON ACOMPAÑAMIENTO Á GRANDE ORQUESTA Y MÚSICA MILITAR. PARA BARÍTONO (SOLO) UN PONTÍFICE; CORO DE GRANDES SACERDOTES, CORO DE CANTINERAS, SOLDADOS Y PUEBLO. — AL FINAL BAILE, CAMPANAS, TAMBORES Y CAÑONES. — Passy, 1867. »

Dícese que en la ceremonia del 4º de julio se van á distribuir 5,000 medallas, habiendo además 400 promociones en la Legión de Honor; pero para no prolongar demasiado la fiesta, las cruces serán entregadas la víspera en el palacio de Tullerías, y en el palacio de la Industria solo se darán las medallas de oro.

Entre los personajes cuya llegada á Paris está anunciada ya para asistir á la ceremonia, se cuenta el lord corregidor de Londres, que viene acompañado de su chambelán y dos porta-insignias: el primero lleva el sable y el segundo la maza.

El coche de gala del lord-corregidor es lujosísimo; todo él resplandece de oro y el tiro que le arrastra es de seis caballos. Los coches de los sherifs no llevan mas de dos.

Estos personajes pasarán en Paris una semana.

El último domingo ha habido una gran fiesta popular en la Explanada de los Inválidos, la ascension del *Gigante*, el célebre globo de Nadar que, como se esperaba, llamó una gran afluencia de espectadores.

Por si nuestros lectores han olvidado la descripción que hicimos de este globo cuando su famosa expedición á Hanover, consignaremos de nuevo aquí algunas de sus mas curiosas particularidades.

El *Gigante* es el globo mayor que se conoce en los anales aerostáticos.

Compónese de dos cubiertas sobrepuestas para mas solidez, de tafetan blanco de primera clase y absolutamente idénticas. Cada uno de estos globos cuenta 118 paños de 70 metros de largo sobre 60 metros de anchura máxima. Estos paños se hallan cosidos á la mano y á doble pespunte.

La cantidad de tafetan empleado asciende á 7,000 metros, á razon de 7 francos y 25 céntimos cada uno.

El *Gigante* puede llevar en su conjunto y con el simple gas de alumbrado, un cargamento de 4,900 kilogramos.

La altura total del globo en el espacio de maniobra es de 45 metros.

La navecilla, que M. Nadar llama casa, es de dos pisos, bajo y plataforma, y sus dimensiones son de 4 metros sobre 2 metros 30 centímetros. No hay duda que tiene capacidad suficiente para ser habitada.

Toda ella es de Fresno y de mimbre, y la atraviesan 20 maromas cruzadas, de las que pende del círculo.

Sus ejes y sus cuatro ruedas la convierten en carruaje, disposición utilísima cuando la bajada se efectúa lejos de los centros de población.

Su peso es de 1,200 kilogramos.

En el piso bajo hay un corredor en cruz en el medio y seis divisiones. En los dos extremos están: por una parte el camarote del capitán con la cama de 75 centímetros de anchura (colchon de aire), y debajo un compartimiento para los equipajes; y por la otra el camarote de los pasajeros, tres camas sobrepuestas, de 68 centímetros cada una.

Los otros cuatro compartimientos se designan de este modo: 1º Provisiones; 2º Lavabo; 3º Fotografía; 4º Imprenta.

M. Nadar aprovecha sus ascensiones para proseguir sus experiencias relativas á la fotografía aerostática que quiere aplicar á todos los apuntes planisféricos, cadastrales, estratégicos, etc.

La imprenta es un simple copiadore de cartas que sirve para imprimir los avisos que el *Gigante* deja caer por las localidades por donde pasa.

Cinco ascensiones ha hecho ya este globo, á saber:

La primera en Paris, el 4 de octubre de 1863; bajada en Meaux; la segunda, el 18 de octubre siguiente, que terminó al otro dia de un modo bastante desastroso en las llanuras de Hanover; y las tres últimas en Bruselas, Lyon y Amsterdam.

El *Gigante* fué creado por Nadar con la idea de construir mediante el producto de las ascensiones, un capital de ensayo con destino á una sociedad fundada por él para el fomento de la navegacion aérea por los aparatos « mas pesados que el aire. »

Sus ascensiones llamaron mucha gente; pero á pesar de eso, los resultados pecuniarios no han sido satisfactorios. Ahora bien, en esta situacion, M. Nadar ha cedido la propiedad de su globo, durante la Exposición universal, á una compañía que, con su concurso, ha ofrecido este poderoso aparato á los cuerpos científicos de Francia, á fin de comenzar una serie de experiencias meteorológicas de toda clase en las capas elevadas de la atmósfera.

Inmediatamente se formó una junta compuesta de miembros del Instituto, del Observatorio y del Colegio de Francia, y cada una de las ascensiones del *Gigante* ofrece en el dia un interés científico especial, además del imponente espectáculo que presenta á la masa de los curiosos.

Con el título de *Una hora en globo*, M. L. Simonin, uno de los entendidos viajeros que el *Gigante* elevó por los aires el domingo último, acaba de publicar una relacion, de la que vamos á tomar brevemente algunos apuntes.

No se quiso admitir á nadie por dinero, y la expedición no se componia mas que de siete hombres.

Primeramente estaba Nadar, y luego habia tres hombres á cual mas intrépidos, el capitán-adjunto Camilo de Artois, su hermano y un mozo de maniobra.

Los demás pasajeros eran M. Sonrel, agregado al Observatorio imperial, M. Simonin, miembro y delegado de la Sociedad meteorológica de Francia, y finalmente, M. W. Fonwille, escritor científico de merecida reputación.

M. Simonin comienza por pintar sus impresiones al levantarse sobre la tierra. El espectáculo es magnífico. Paris se ostenta á sus ojos « como esos planos de ciudad en relieve, contruidos con yeso ó con corcho. » Aquí las calles con las montañas de casas, allí los jardines, y al rededor, un inmenso panorama de verdura.

A todo esto el *Gigante* va subiendo hasta que llega á una altura de 1,030 metros, que es la mayor que ha alcanzado esta vez.

« Se experimenta en el globo, dice, un indescriptible bienestar; se encuentra uno en posesión de sí mismo, y en medio del silencio absoluto que nos rodea, la humanidad entera desaparece, para no dejar puesto sino al individuo. Estamos en una nube que por todas partes nos rodea. No vemos mas que nuestras personas y el globo. ¿A dónde vamos? ¿Qué dirección seguimos? »

Sin embargo, el barómetro les indica que van bajando, y con efecto, dejan luego la nube y descubren la tierra.

Entonces comienzan á arrojar lastre, pues habian decidido bajar antes de la noche.

Preparan el cable que sirve de freno y el ancla, tomando las demás precauciones propias del caso, pues siempre es peligroso tocar á la tierra cuando se va en el *Gigante*, cuyo nombre es bien merecido, en atención á que lleva 6,000 metros cúbicos de gas, es decir, diez veces mas que los globos ordinarios.

— Firmes todos, grita el capitán.

Y á esta voz cada cual se agarra fuertemente con entrambas manos á las cuerdas que ligan la casa con el círculo superior.

Los viajeros experimentan dos ó tres sacudimientos, y preguntan á la gente que acude á apoderarse de las cuerdas para tener al globo cautivo:

— ¿En dónde estamos?

Hallábanse en Chilly-Mazarin, á cuatro leguas de Paris.

El ancla rompió un manzano, y la casa estropeó una pared; pero los viajeros saltaron á tierra sin un rasguño, y tan contentos de la expedición, que M. Simonin concluye diciendo que no desea otra cosa sino emprender un nuevo

viaje, « pues el que ha probado una vez semejante modo de locomocion, no puede preferir ningun otro. »

Dentro de quince dias se pondrá nuevamente en camino el *Gigante*.

El 20 de junio de 1867, la fecha es digna de señalarse, ha tenido lugar en el Teatro Francés la primera representacion de una obra antigua, el drama *Hernani*, de Victor Hugo, que no se habia visto en escena hace mas de treinta años. A las siete de la tarde, una muchedumbre pacifica obstruia las inmediaciones del teatro, y envidiaba justamente á todos los que tenian billete para una funcion tan memorable.

El teatro estaba resplandeciente, contándose allí todas cuantas ilustraciones artisticas y literarias hay en Paris. La señora de Victor Hugo ocupaba un palco de proscenio. Alejandro Dumas fué saludado estrepitosamente á su entrada; pero él exclamó, muy conmovido, que se guardaran las aclamaciones para Victor Hugo.

Grande fué la emocion general en cuanto comenzó la representacion del drama. Los principales críticos de Paris aplaudian como simples mortales, en tanto que la masa del público no cesaba de victorear á Hugo.

Descartando lo que puede haber de manifestacion política en estos aplausos que tenian eco en la muchedumbre aglomerada fuera del teatro, debemos decir que los espectadores celebraron tambien, y muchos de ellos exclusivamente, las bellezas literarias de esta magnifica obra, que si el 26 de febrero de 1830, dia de su estreno, obtuvo un triunfo célebre en los anales del Teatro Francés, no le ha obtenido menor el 20 de junio de 1867.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

A MI PENSAMIENTO.

Pensamiento mio, vuela,
Vé á buscar otros lugares
Donde no repitan quejas
Siempre los ecos del valle.

Donde no suenen tan tristes
Los céfiros de la tarde,
Ni exhalen flébiles trinos
Al recogerse las aves.

Donde no tenga la noche
Tantos insectos que canten,
Bajo la yerba marchita
Sus elegias salvajes.

Donde no doblen las flores
Sus corolas virginales,
Como frentes pensativas
Bajo profundos pesares.

Donde no se vea la luna
Medio revuelta en celajes,
Por entre las ramas secas
Y ennegrecidas del sauce.

Pensamiento mio, vuela,
Atraviesa raudó el aire,
Y vé á bañarte en las ondas
Azules, de ignotos mares.

Vé donde encienda tus alas
El fuego de los volcanes,
En donde rujan las fieras
Y bramen las tempestades.

Huye, pensamiento mio,
De estos campos siempre iguales
Donde es el sol que se pone
Tan triste como el que nace.

Vé y aspira con delirio
El humo de otros hogares,
Y mezcla tu débil ruido
Al ruido de otras ciudades.

URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

Bayamo. — Isla de Cuba.

Comparacion de la mortalidad

ENTRE CÉLIBES Y CASADOS.

Dijo Voltaire que los mas de los que ponen término á su existencia por medio del suicidio eran solteros; de donde sacó por consecuencia que el estado del matrimonio es favorable á la duracion de la vida. Hufeland, físico famoso, indicó el celibato como otra de las causas que abrevian la permanencia del hombre en la tierra.

Con todo, estas opiniones fueron combatidas con ardor por los parciales del celibato, que están sosteniendo una doctrina opuesta, y que á primera vista parecen tener la razon por su parte.

El célibe, como que se halla en una posicion independiente, libre de los afanes y embarazos que trae consigo la posesion de una consorte y el cuidado de una familia, puede evitar muchísimas causas morales que ejercen una influencia aciaga en la duracion de la vida: el célibe no ha de cuidar mas que de una sola existencia; puede por lo general mudar de domicilio, de régimen de vida, segun mejor convenga á su salud y á sus gustos, y está en su mano sortear la accion de una infinidad de agentes enemigos de la salud y del sosiego del ánimo, con los que el casado tiene que lidiar sin tregua ni descanso.

Por lo que hace á la mujer, son mas obvios y palpables todavia los riesgos que consigo trae el matrimonio. La maldicion pronunciada ya desde el origen contra la parte mas hermosa y delicada de la creacion, « con dolor parirás los hijos (1), » está gravitando todavia sobre ella; porque sobre cien mujeres, muere una en el parto.

Así pues el matrimonio ofrece inconvenientes, los unos en corto número y reales, y supuestos los otros, que han de obrar de un modo poco favorable sobre la duracion de la vida; pero como estas influencias pueden equilibrarse hasta cierto punto, de aquí es que no cabe afirmar sus resultados sino por medio del exámen de las tablas de mortalidad, en las que se indica con bastante exactitud el estado del matrimonio ó del celibato.

Los censos de la poblacion ofrecen pocos datos para que con su ayuda podamos resolver esta cuestion: « ¿Cuál es la influencia del matrimonio en la duracion de la vida humana? »

Y con efecto, solo poseemos tres documentos exactos sobre este punto importante, y los sacamos del doctor Casper de Berlin. Estos resultados estadísticos, aunque obtenidos en diversos paises y en épocas diferentes, prueban de un modo incontestable que el matrimonio contribuye sin la menor duda á dilatar la duracion de la vida. Apresurémonos pues á producir las pruebas de esta proposicion, empezando por las mujeres.

Odier ha determinado la duracion media de la vida de las mujeres por medio de observaciones hechas desde 1761 hasta 1813; y el exámen de sus tablas nos da los resultados siguientes sobre la duracion de la vida en las casadas y las solteras :

| Duracion media de la vida. | En las casadas. | En las solteras. | Diferencia. |
|----------------------------|-----------------|------------------|-------------|
| A la edad de 20 años | 40,33 | 30,62 | 9,71 |
| 25 » | 36,04 | 30,51 | 5,53 |
| 30 » | 32,38 | 28,86 | 3,52 |
| 35 » | 28,86 | 26,28 | 2,58 |
| 40 » | 25,54 | 23,38 | 2,16 |

Así pues, la diferencia en la duracion de la vida, entre las mujeres casadas y las solteras, es, por término medio, de cinco años; ó bien, si tomamos el término mas favorable, hallaremos que una jóven de veinte años que se casa, aumenta de nueve años la duracion de su existencia.

Procura Odier explicar esta diferencia tan reparable, suponiendo que las mujeres que se casan suelen ser las mas robustas; pero esta consideracion vale muy poco para los que saben que, por desdicha, los hombres son harto á menudo influidos en su eleccion de consorte por miras interesadas y por otras muchas consideraciones, entre las cuales el primer objeto del matrimonio queda enteramente olvidado, ó cuando menos descuidado.

Despues de haber demostrado la superioridad que alcanza, respecto de la vida, la mujer casada sobre la soltera, pasemos ya al otro sexo, y probemos asimismo que, al paso que da vida á otros seres, el hombre aumenta la duracion probable de su propia existencia.

Deparcieux, que escribió una série de cuadros, que juntos comprenden 48,340 defunciones durante un período de treinta años (desde 1715 hasta 1744), dice de paso :

« Parece que la vida es mas larga en los casados que en los solteros. El número de los casados que mueren, pasados los veinte años de edad, es casi la mitad

menor que el de los célibes que mueren en el mismo periodo; y para 43 hombres casados ó viudos que alcanzan la edad de noventa años, solo se cuentan 6 solteros que lleguen á la misma edad. El número de solteras que mueren despues de la edad de veinte años es cuatro veces mayor que el de las casadas ó viudas que mueren despues de dicha época, y para 112 mujeres viudas ó casadas que llegan á la edad de noventa años, solo 14 solteras alcanzan tanta edad. »

Hé aquí unas tablas redactadas por el doctor Casper, con los datos suministrados por Desparcieux, y que ponen de manifiesto los hechos que este último no habia hecho mas que indicar en términos generales. Sobre 100 personas tomadas en cada una de las clases siguientes, mueren :

| Epoocas de la vida. | Casados. | Solteros. | Casadas. | Solteras. |
|---------------------|----------|-----------|----------|-----------|
| De 20 á 30 años | 2,8 | 31,3 | 7,7 | 28,0 |
| 30 45 » | 18,9 | 27,4 | 20,3 | 19,3 |

Por otra parte, sobre 100 personas vivas, tomadas en cada una de las mismas clases, quedan :

| Epoocas de la vida. | Casados. | Solteros. | Casadas. | Solteras. |
|---------------------|----------|-----------|----------|-----------|
| á 30 años | 97,2 | 68,7 | 92,2 | 72,0 |
| 45 » | 78,3 | 41,3 | 72,0 | 52,7 |
| 60 » | 48,1 | 22,6 | 49,4 | 37,2 |
| 70 » | 27,2 | 11,1 | 29,2 | 23,7 |

Estas tablas presentan una diferencia muy reparable en la mortalidad comparada de los casados y los solteros entre las edades de 20 á 30 años. Con todo, no insistiremos mucho en esta diferencia por las razones que no se ocultarán á cuantos dan á estos cálculos el valor que tienen realmente. Tomados en masa, rara vez se casan los hombres antes de haber adquirido cierta posicion en el mundo, ó haber alcanzado cierto grado de bienestar que, como es sabido, contribuye eficazmente á la disminucion de la mortalidad; pero aun cuando nos ciñamos al periodo de 30 á 45 años, durante el cual los mas de los hombres se casan, echaremos de ver una diferencia de mortalidad muy importante á favor de los que se han impuesto el yugo del matrimonio. Pasados los cuarenta y cinco años, va á mas todavia esta proporcion á favor de los casados; pues resulta de las tablas precedentes, que tomando 100 casados y 100 solteros, el número de los que viven mas allá de cuarenta y cinco años es mayor de 37 en los primeros que en los segundos.

Esta es otra prueba de la influencia favorable que ejerce el matrimonio sobre la duracion de la vida humana en el primer periodo de la existencia, al paso que en el periodo mas adelantado, su influencia es mas palpable todavia, ya que para 11 célibes que trasponen la edad de setenta años, hallamos hasta 27 casados.

Nos parece por demás cansar la atencion del lector citando nuevas tablas de mortalidad, para probar un hecho que consideramos perfectamente establecido. Creemos no obstante que no podemos dispensarnos de presentar un extracto de las tablas formadas por Biches en Amsterdam, y que abrazan un periodo de doce años, desde 1814 hasta 1826; pues los resultados que de suyo dan estas tablas coinciden del modo mas formal con los que antes hemos citado. Segun el cálculo de Biches, sobre 100 personas de cada una de las cuatro clases siguientes, mueren :

| Epoocas de la vida. | Casados. | Solteros. | Casadas. | Solteras. |
|---------------------|----------|-----------|----------|-----------|
| De 20 á 30 años | 3,6 | 33,1 | 4,7 | 26,5 |
| 30 á 45 » | 17,9 | 27,1 | 16,5 | 24,5 |
| 45 á 68 » | 29,2 | 15,0 | 22,6 | 19,2 |

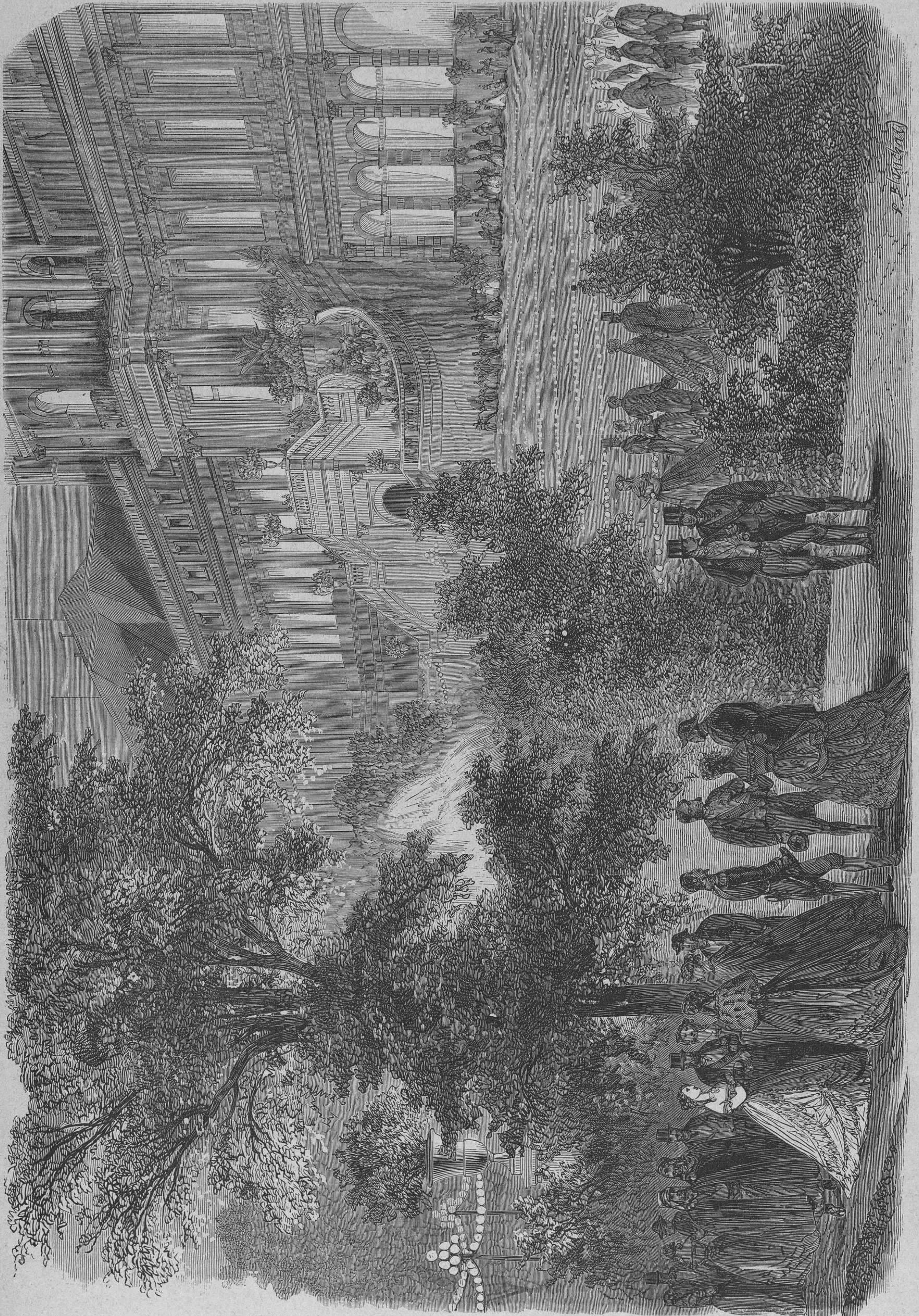
Este extracto prueba de un modo incontestable que la influencia del matrimonio sobre la disminucion de la mortalidad se ha dilatado hasta la época presente; la única diferencia que se repara entre los resultados obtenidos por las tablas de Biches y las de Odier y Deparcieux, consiste en que la mortalidad de las casadas, en la época en que vienen á ser madres, es en el dia comparativamente menor que en el siglo último.

Los hechos que acabamos de establecer sobre la autoridad de datos averiguados esmeradamente en Francia, Prusia y Holanda, prueban la verdad de la proposicion siguiente, que quizás causará novedad á muchos de nuestros lectores, á saber: « Que el cumplimiento del deber mas imperioso que ha impuesto naturaleza á entrambos sexos dilata al mismo tiempo de muchos años la duracion probable de la vida humana. »

No dudamos que las solteras nos agradecerán esta demostracion.

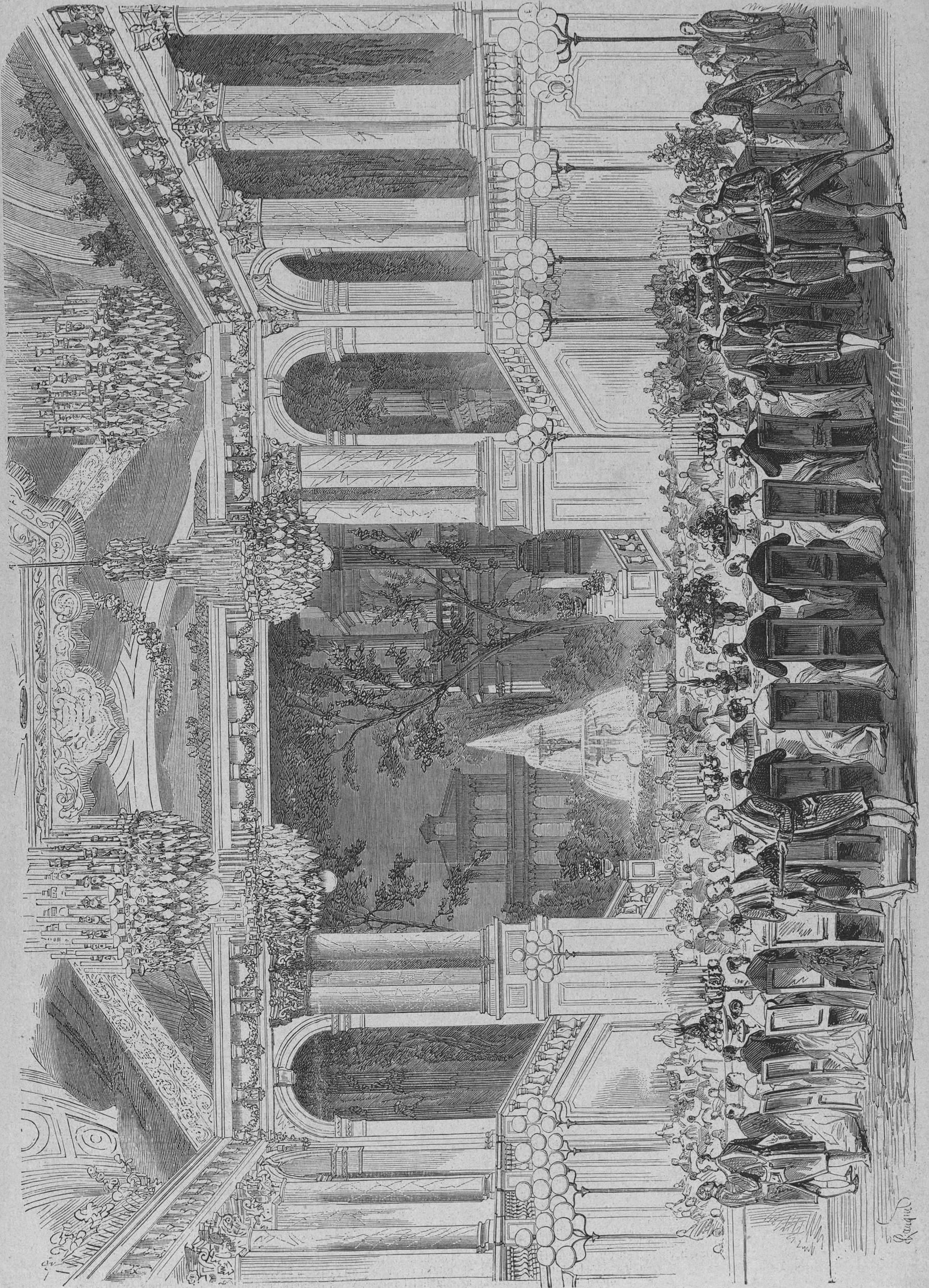
M. DE F.

(1) El Génesis, cap. III, vers. 16.



P. F. (signature)

Fiesta de Tullerías dada por el emperador y la emperatriz á SS. MM. el emperador de Rusia y el rey de Prusia. — Iluminación del jardín reservado.



Fiesta de Tullerías. — La cena.

Quinqué

Las consejas de Schiraz.

(Conclusion.)

« Hasan no pedía á sus encarnizados verdugos mas que una merced, la de morir pronto; pero los malvados, despues de haberle permitido escoger, infieles á su palabra, le obligaron á esperar la vuelta del príncipe á quien debia servir de diversion, y bajo cuya flecha ó espada debia sucumbir. Felizmente su compañero de viaje, aprovechándose del descuido de sus guardias, sacó de la prision al desgraciado Hasan, y tomaron ambos el camino de las montañas de Etiopía.

» Despues de haberse librado de tan inminente peligro, despues de haber traspasado desfiladeros llenos de rocas, barrancos áridos y montaraces, ¡qué placer no experimentaban al contemplar las anchas y verdes hojas de los árboles de Africa, sobre las cabañas de los pastores modestamente ocultas bajo las encumbradas palmeras! las rocas aparecian cual columnas de mármol blanco, enriquecidas con esculturas y arabescos, trazados por la mano infatigable del tiempo, adornadas con mil caprichosas guirnaldas que los enlazaban y cubrian.

» — ¡Ah! exclamó Hasan; estas puertas debieran ser las del paraiso; en semejantes valles y ante este espectáculo debieran las huris presentar á los mortales el néctar de la inmortalidad; pero ¿cómo cabe, amigo mio, que esos monstruos habiten unos lugares tan peregrinos.

» — No tengo tiempo para responder á esa pregunta. Dentro de algunas horas tendremos bastante que hacer. Mañana volveremos á tomar el camino de Anatolia.

» — Os marchareis solo; yo me quedo aquí: no quiero abandonar la región mas deliciosa de la tierra, para ir en busca de un cadí tirano y conciudadanos ingratos.

» El extranjero encendió lumbre sin responderle, preparó la cena, buscó abrigo debajo de las rocas, y le convidó á cenar; la punta de una peña á que daban sombra unos antiguos tamarindos abrigaba al extranjero; pero Hasan, fijos los ojos en el cielo, admirando el vivo resplandor del sol, despreciaba á su medroso compañero.

» De repente se oyó un gran ruido: un estruendo mas fuerte que el del rayo; el cielo parecia encendido, el valle era un torrente. Aquellas hermosas nubes que el *hadji* había admirado, se trasformaban en torrentes de agua espumosa; no se veia mas que las olas que bramaban, los árboles que se rompian y las rocas que se desplomaban. Hasan, en medio de su terror, estuvo por precipitarse; pero viendo su compañero el peligro en que estaba, le detuvo, obligándole á sentarse al abrigo de la roca que le protegía. Caian los árboles como las espigas bajo la hoz del segador, y Hasan, que se veia seguro, volvió á comenzar sus quejas sobre el mal físico y el moral.

» — Dejád que la misma naturaleza remedie sus males, replicó el extranjero; ella tiene en su seno todos los recursos.

» — ¡Yo! respondió Hasan, ¿dejaré de maldecir á una naturaleza devastadora, que no nos otorga un placer que no sea á costa de mil quebrantos y calamidades atroces? Mirad, añadió sosteniéndose en las ramas de un cedro: no hay mas que desolacion en derredor nuestro: ¡toda esa hermosura no es mas que miseria, ruina y dolor!

» No fué feliz la tentativa de Hasan al querer subir hasta una rama mas alta del cedro. Agitado por el viento, rotas sus últimas raíces, apenas podia sostenerse; la tierra de cuyo seno había sacado la frescura y la vida durante trescientos años, no le ofrecia mas que un lecho humedecido é inundado por los torrentes. El nuevo peso de que se hallaba cargado causó su caída, y en medio del ruido de la tempestad se oyó el lúgubre alarido de Hasan, precipitado con el tronco del árbol. El árbol, despues de haber rodado por las rocas, nadó por encima de las aguas del torrente que llenaba el valle, y sirvió de nave al infeliz Hasan. Este no se desasjó de él, aunque el agua le ahogaba y le cegaba la espuma. Jamás le había embargado tanto el pavor; la rapidez del torrente iba á mas por puntos: por encima, por debajo, su alrededor, todo estaba en movimiento; las aguas de las orillas se elevaban; aparecian los promontorios para desaparecer al instante. Trozos de árboles gigantes, chozas, todo parecia haber tomado alas y huir con una velocidad sin igual.

» Estropeado, muerto de fatiga, precipitado de catarata en catarata, Hasan fué finalmente separado del árbol que le protegía, y echado casi exánime á la orilla. Al volver en sí, un profundo cansancio oprimia todos sus miembros: estaba echado sobre una roca, y el peregrino á su lado trataba de reanimarle.

» — Ya os lo decia, querido Hasan; la naturaleza no quiere que los filósofos se entrometan en lo que está haciendo ó meditando en ciertas ocasiones. Aprovechad esta leccion, y en adelante guardaos de proceder como un insensato.

» Apenas el pobre Hasan pudo levantar la cabeza, empezó á maldecir los diluvios, inundaciones y tempestades, instrumentos de destruccion, segun decia, que solo sirven para ofrecer á los oradores algunas hermosas pinturas y metáforas á los poetas.

» — Creedme, replicó el peregrino, esas calamidades tal vez tienen su móvil y producen un beneficio.

» — ¡Locura! El mal es siempre malo, y vuestros sofismas son vanos. Si yo fuera la Providencia, no incomodaria inútilmente á los pobres mortales que tan corta tienen ya la vida, y haria desaparecer el mal de la tierra.

» Al llegar la noche, duraba aun la discusion; pero apoderóse de Hasan un sueño profundo, y al despertar, todo había cambiado á su alrededor. No era ya la región montañosa de agigantados picos, los bosques eternos y las estruendosas cataratas que tanto terror y admiracion le inspiraran, y que, despertando su númen poético, habían amenazado su vida. Por todas partes la mano del hombre había dejado huellas de su industria; el águila ya no gritaba; las aguas no caian ya embravecidas de lo alto de las rocas. Una dilatada pradera, cortada por muchísimas canales, se extendia hasta el horizonte; su superficie estaba tapizada de numerosos jardines y alegres vergeles; los frutos se mezclaban con las flores; hermosos caminos, rodeados de arbustos, se cruzaban por todas partes. Veíanse lugares de recreo, y en medio de la pradera, un ancho y majestuoso río, cuyas aguas apacibles realizaban la belleza del paisaje, reflejando en un espejo tranquilo la hermosura de esta escena.

» — No comprendo, dijo Hasan, por qué magia he llegado aquí; pero á lo menos hé aquí unos sitios que pueden los hombres habitar. Ya no estamos en Abisinia. No mas cataratas, ni soberbias montañas. ¡Qué amena fertilidad! ¡qué deliciosa morada!

» — Vuestra filosofía, interrumpió el extranjero, os ha enseñado muy poca cosa.

» Por un movimiento espontáneo y el hábito inveterado, el guerrero, acordándose de que había sido *delhi* antes de ser filósofo, puso la mano á su puñal; pero entre los turcos la amistad es sagrada. Reprimió este impulso, y con aire sombrío y descontento caminó silencioso al lado de su compañero. Adelantáronse hácia una gran ciudad, cuyos brillantes minaretes reflejaban los rayos del sol; varios grupos de hombres y mujeres estaban esparcidos por las orillas del río: parecia que examinaban curiosamente la profundidad de las aguas; sus gestos, sus ademanes y sus gritos indicaban que se les había frustrado alguna esperanza, y un dolor que rayaba á la desesperacion. Hasan nada comprendia de sus murmullos, imprecaciones y blasfemias. Unos pilares de mármol que había en la orilla del canal eran objeto de suma atencion; median la profundidad del agua que les bañaba; examinaban los caracteres que en ellos se veian grabados. Cuanto mas se iban acercando á la ciudad, mas el descontento del pueblo tomaba una expresion feroz.

» — ¿Cuál puede ser la causa de esto? preguntó en voz alta el *hadji*.

» — La causa, replicó un Mogrebino que pasaba por allí cerca, y que había oido la pregunta de Hasan, la causa ¿no la teneis á la vista? ¿Qué hombre ignora que solo la inundacion del Nilo puede dar pan al Egipto? ¿No veis que las aguas del río, en vez de crecer, en dos dias han menguado diez piés? ¿y no sabeis que toda la existencia de un pueblo depende únicamente del gran río cuyas aguas crecen con las lluvias de Abisinia? Si esas cosas os son desconocidas, ¿por qué llevais ese traje de sabio, de *hadji*, de hombre superior á los demás?

» Una especie de remordimiento traspasó la imaginacion de Hasan: recordó las maldiciones contra la Providencia y contra la tempestad de las montañas de Abisinia; púsose pálido, y el ojo escudriñador del Mogrebino se clavó en él.

» — ¿Quién sois? le preguntó con aire feroz. Sabemos que hay hombres que tienen relaciones con los númenes del cielo y del infierno, y cuyo poder es bastante para atajar la lluvia en los montes, cuando quieren hacer mal á los habitantes del llano. Vuestras preguntas y vuestra fisonomía denotan que pertenecéis á esa ralea maldita. Si es cierto, juro por los huesos de mi madre que no vivireis mucho tiempo.

» Las defensas, las protestas de Hasan no hacian mella en el ánimo del salvaje, en cuyas manos brillaba ya el puñal. En el instante en que Hasan ponía por testigo todas las potencias celestiales, diciendo que no pretendia poner ningun obstáculo á la fecundidad del Egipto, la punta del acero traspasaba ya su capa, y enredándose en los pliegues del vestido, permitió al *hadji* rechazar el ataque y arrojar el puñal á las aguas del Nilo. Un golpe dirigido por una mano certera debiera producir otro resultado; tal era á lo menos el pensamiento del salvaje. No dudando de que había encontrado un mago, se escapó á todo correr dando terribles gritos.

» Dirigióse Hasan hácia la ciudad. Sus calles estaban llenas de populacho amotinado que, viendo que las aguas seguian menguando, no pudo frenar su furor. Los palacios fueron incendiados, los graneros públicos entregados al pillaje, y derrotadas las tropas que trataban de reprimir el alboroto. Las provisiones que había en los almacenes y casas particulares fueron presa de los amotinados. El hambre debía ser el resultado de esas escenas violentas y frenéticas; poco tardó en presentarse en la ciudad, llevando tras sí la peste su hermana. El trigo, el aceite, las frutas y hasta el agua, tan necesaria para la vida, todo faltaba á un tiempo. Terribles padecimientos, nuevos crímenes que nadie reprimia, una devastacion progresiva convirtieron la ciudad en un cementerio. Millares de hombres morian todos los dias. La muerte que la peste estaba esparciendo era el único remedio contra la agonía del hambre, y los vivos iban á buscar entre los cadáveres alimentos impu-

ros, que propagaban mas y mas el contagio y aumentaban sus estragos. Por las plazas públicas, por las calles, no se veian mas que fantasmas. De las clases inferiores de la sociedad, ese cruel azote no tardó en subir hasta el poderoso, el rico, hasta el egoismo y la opulencia, que se habían creído al abrigo de todas las miserias humanas. El príncipe moria al lado del esclavo, y el esclavo sufría cerca de su amor los mismos dolores y agonias. Los pálidos herederos de esta poblacion diezmada, atemorizados y enloquecidos buscaban en prácticas supersticiosas los medios de acabar tanto padecimiento y de combatir las causas que podian haberlo producido. Nada indicaba la presencia de esa plaga: no se veian ejércitos de langostas que tapasen la luz del sol. El ambiente era puro, el cielo despejado, brillante el sol. Salía con toda majestad el astro resplandeciente, y se ponía con toda su gloria, como en los dias mas venturosos y abundantes: solo un síntoma se echaba de ver. El Nilo, el padre de los rios, trazaba en el suelo amarillento un pequeño surco de agua cenagosa. Un pueblo ignorante debia atribuir la desgracia del Egipto á un poder infernal y sobrehumano. Muchos hombres pacíficos que habían vivido como sabios, y que el pueblo miraba como á malos genios, porque se apartaban de la multitud, habían caido víctimas de esa bárbara ignorancia y del frenesí que la acompaña. Hasan, que había vivido ignorado en la ciudad, no pensó mas que en huir.

» ¿Pero á dónde? La muerte se había enseñoreado de toda esa región, y si se presentaba la vida, era bajo una forma mil veces mas espantosa que la misma muerte. Las ciudades venian á ser espaciosas tumbas; los caminos guardados de asesinos; los campos teatro de rapiñas, asesinatos y desenfrenos; no había justicia entre los hombres, ni temor del porvenir ni de lo presente. Estaba desencadenado todo lo mas infernal de nuestra raza, y lo que causa horror á todos los hombres, se hacia un espectáculo vulgar que á nadie interesaba. Hasan se dirigió á una de las puertas de la ciudad, con la esperanza de encontrar á lo menos algun rincón solitario, ó alguna caverna apartada donde poder morir en paz, si la peste le acometía. Nadie había estorbado su camino, nadie pensaba mas que en sí mismo.

» Pero al pasar por debajo de un arco de triunfo antiguo, adornado de estatuas colosales y de esfinges de granito que parecian sonreír á los lívidos cadáveres amontonados á sus piés, fué detenido por una mano que le cogia de la capa. Oyó un gemido, volvió la cabeza y vió un brazo descarnado que, saliendo de un monton de cadáveres, parecia señalarle á la venganza popular.

» — ¡Maldicion, maldicion sobre tí, genio infernal! gritaba el salvaje moribundo; hermanos, ahí teneis el desastrado, el hijo del infierno, el mas atroz de los criminales, cuyos hechizos han detenido las nubes en los montes de Abisinia, y echado los vientos saludables á los desiertos de Etiopía. Miradle; apresuraos á cogerle, porque es grande su poder: no ha mucho que escapó de mi puñal. Que no os escape, vengad las desgracias de Egipto sobre esa cabeza maldita.

» Al pronunciar estas palabras, espiró. Unos veinte hombres habían acudido á los gritos del moribundo. Al punto la multitud de los habitantes rodeó á Hasan, que lleno de espanto, no respondia una palabra. Acordábase á su pesar de la satánica sonrisa del peregrino, de los extraños milagros de que había sido testigo, de la inconcebible rapidez con que había pasado de Abisinia á Egipto, y del sosiego sobrehumano que conservaba aquel sér fantástico en los trances mas peligrosos.

» Hasan estaba indeciso sin saber qué responder á tan extrañas acusaciones. En seguida todos se lanzaron sobre él, pisaron el cadáver del salvaje con su precipitacion, y condujeron al desgraciado *hadji* á una hoguera en la cual quemaban los cadáveres. En vano, recobrando su serenidad, protesta contra tan bárbaro proceder; la elocuencia mas persuasiva no le hubiera salvado. Se trataba, como había dicho el salvaje, de vengar al Egipto; y por otra parte, era un espectáculo harto agradable el ver quemar un hombre vivo, para que el pueblo se desentendiese de esta fruicion. Despues de una lucha infructuosa, esa multitud hambrienta, fanática é inexorable, arrastró á Hasan hasta el pié de la hoguera. Atáronle los brazos con cuerdas, y una mano robusta le cogió para lanzarle sobre el monton de cadáveres que se iban consumiendo en medio de la pirámide de llamas de cedro y sándalo.

» — Esperad, gritó una voz imperiosa, no es hora todavía.

» — La hoguera se apagará luego, y ese malvado podría escaparse: que traigan leña, y que la hoguera suba á una altura que no deje escapar á ese hijo del infierno.

» Todo el pueblo gritó que estas palabras eran muy cuerdas. Volvióse Hasan, y vió con asombro y disgusto al peregrino que le había acompañado en su viaje, y á quien atribuía todas sus desgracias. Este se acercó y le dijo en lengua turca, que ninguno de los que le rodeaban entendia:

» — ¿Por qué me habeis dejado en el momento en que iba á emprender un nuevo viaje, mas interesante que el último? ¿Habeis pretendido ser libre, y hacer, segun acostumbrais, vuestras reflexiones filosóficas sobre el mal gobierno de la Providencia?

» Una mirada de horror y desprecio fué la única respuesta de Hasan.

» — Considerad á los filósofos, continuó el extranjero; se creen sabios, y no saben mas que maldecir, murmurar ó quejarse. *Hadji* Hasan, ¿deseais ser quemado vivo?

No lo creo. Escuchadme. Os traigo noticias de Abisinia. El gran diluvio, que este pueblo espera con tanta impaciencia, va á caer en el Nilo del seno de las montañas. Anunciad esta noticia al pueblo, quien teniéndolos por profeta, os bendecirá despues de haberos maldecido.

» El amor á la vida recebró su imperio en el pecho del hadji. No sé qué convicción repentina le persuadió que era verdadera la noticia que le daba el extranjero. Habló primero á sus guardias, y despues á los que estaban allí cerca, pidiendo permiso para arengar á la multitud antes de morir. Despues de alguna dificultad, le concedieron este permiso, y mientras que se levantaban en la hoguera los montones de leña preparados para su suplicio, declaró en nombre de Mahoma, y con voz solemne, que antes de finalizar el dia, el aire quedaria purificado, el rio lleno de agua fecundadora, y que la peste y el hambre desaparecerian de Egipto. Dijo que su suplicio seria justo, si no se cumplia la profecía. Levantóse un gran murmullo en el auditorio. Los unos extrañaban su audacia; los otros le acusaban de impostura; algunos decian que, aun cuando usara de su poder mágico para restituir la vida al Egipto, no por eso mereceria menos la muerte. Esa disputa duró mucho tiempo, y la mayoría, que sostenia que el mago debia ser quemado sin remedio, iba á ejecutarlo, cuando un extraño espectáculo se presentó en el horizonte: una luz amarilla se desarrolló por grados, se oyó un gran ruido por la parte del Sur; un viento frio, llevando tras sí todas las arenas del desierto, vino á helar la sangre de aquellos hombres que desde tanto tiempo habian estado devorados por un calor ardiente; levantóse hácia el firmamento un vapor pálido, se oscureció poco á poco, trocóse en una mole densa, y acabó por cuajar el cielo, cuyo azul era tan vivo y tan puro aquella misma mañana. Nubes sobre nubes se iban adelantando como ejércitos en marcha. La lluvia, ese fenómeno de Egipto, que no ve ni bendice mas que una vez al año, cayó, no á gotas, como en las regiones del Occidente, sino á mares, que precipitándose del cielo, se asemejaban á la repentina caída de un alud.

» Por fin, el ruido, los murmullos del pueblo, los silbidos de los vientos, el crujir de la lluvia que caia, todo se perdió y confundió en un solo ruido que iba aumentando, y que acabó con un trueno espantoso por toda la ribera del Nilo. Las poblaciones reunidas le saludaban con sus clamores, y aumentaban el tumulto. Finalmente llegó la mole agigantada de las aguas, que entrando en la madre del rio que se habia secado, no tardó en cubrir la llanura de olas negras llenas de blanca espuma.

» Todo era confusion, todo algazara, admiracion, terror mezclado de reconocimiento. Niños y mujeres, todos corrian hácia el gigante que no cesaba de engrandecerse, y que, arrollando todos los obstáculos, cubriendo los pilares destinados á medir su creciente, llenaba con sus aguas todos los jardines y vergeles; levantaba los cadáveres, bañaba los edificios y arrastraba tras sí la fúnebre hoguera en que debia morir Hasan. Ninguna revolucion fué tan repentina, jamás la esperanza y la felicidad sucedieron con mas rapidez al abatimiento y la desesperacion.

» — Sed príncipe, héroe, dios, semidios, todo está en vuestra mano, dijo el extranjero al hadji, á quien el pueblo colmaba de bendiciones; ya lo veis, no se trata mas que de esperar y aprovechar las ocasiones favorables: en esto consiste todo el arcano de la ambicion.

» — ¡Es un dios, es el mas poderoso de los hombres! gritaban la mayor parte de los espectadores, que rendian homenaje á Hasan como á un sér sobrehumano.

» — Vamos, decia el peregrino, probad el empleo de rey; es mas fácil que el de filósofo.

» Pero Hasan habia visto de muy cerca las llamas de la funeraria hoguera para apetecer un trono mas cercano al cadalso.

» — No, no, exclamó; lo que deseo es volver á Anatolia y morir allí tranquilo, lejos de la ira y del entusiasmo de un populacho insensato.

» — ¡Mirad qué espectáculo tan magnífico y tan nuevo! dijo el peregrino á su amigo.

» Despues de una larga y peligrosa travesia, habian llegado al pié de una gran montaña que entonces estaban trepando. Por do quiera que se extendiera la vista, no se descubria mas que riqueza y abundancia. En el centro del valle que se abria á sus piés, se levantaba una aldea linda, sencilla y pintoresca; varios viñedos y vergeles tapizaban sus cercanías; un cristalino arroyo corria por entre plateadas rocas. Las blancas ovejas estaban esparcidas como copos de nieve sobre el lozano césped: cantaban los zagales entregándose á esas rústicas tareas que hablan siempre al alma de prosperidad, de descanso y de ventura. El sol, que asomaba al horizonte, presentaba una cordillera de colinas, cubiertas de aldeas, de bosques y vergeles. Pero la montaña sobrepujaba en hermosura á cuanto la rodeaba; sus piedras irregulares se alzaban como las gradas de un inmenso trono cubierto de alfombras naturales, cuyos matices dejan muy en zaga todas las invenciones de la industria humana. Las nieves que ceñia su venerable cabeza, brillaban á los rayos del sol como una corona de oro y plata. El entusiasmo del hadji no tuvo límites. Hallábase en el Mediodia de Europa, y no pudo menos de exclamar que allí queria escoger su sepulcro; que la Abisinia con sus tempestades, el Egipto con su peste y su monótona grandeza, debian ceder el paso á una naturaleza fecunda, bienhechora y variada á un tiempo.

» — ¿Olvidais vuestra patria la Anatolia que tanto amais, esos incuos cadés y el pillaje que ejercen bajo el título de magistrados?

» — Sin duda que sí, respondió Hasan.

» — No nos ocupemos en el porvenir. La noche se acerca; el paisaje se oscurece; no tenemos techo, ni abrigo, ni asilo, y los astros que brillan en el cielo no alumbrarán nuestro camino ni satisfarán nuestra hambre.

» Esas observaciones eran muy juiciosas para no ser atendidas.

» El peregrino marchó seguido de Hasan. El sendero que habian tomado conducia al fondo del valle, y á los últimos resplandores del crepúsculo, la belleza del lugar no se desvanecia enteramente. Frondosos álamos formaban con sus ramas una bóveda parecida á la de las mezquitas, á la transparencia de las hojas, su variado verdor recordaban el mágico brillo de las vidrieras de los templos. Bajaron mas, y encontraron una multitud de asientos naturales formados por las raices de árboles decrépitos que parecian brindar al viajero para que descansara. Los pajarillos, cuya soledad nadie turbaba, gorjeaban su himno de la tarde bajo las hojas que les abrigan, y una sensacion de descanso, de grandeza y melancolía se esparcia por toda aquella region. Acostumbrado Hasan á las formas y aspectos orientales, sentia un nuevo placer en esta encantadora soledad, que tenia para él el prestigio de lo imprevisto. Habria querido detenerse, escuchar, aguardar; mas su compañero le advirtió que una selva italiana tenia muchas veces huéspedes mas peligrosos que los habitantes de los bosques. Apenas le habia avisado, cuando una multitud de hombres armados se apoderó de ellos, los maniató y condujo á bordo de un jabeque argelino.

» Hasan era esclavo de un pirata argelino. El jabeque encontró una fragata francesa que le tiró dos andanadas por estribor y le echó á pique. Nuestro hadji, al caer al mar, se agarró de un pedazo de escotillon, y fué recogido en la fragata, que se hizo á la vela para Gibraltar y en seguida para Lisboa. Hasan, que jamás habia visto ninguna ciudad europea, quedó pasmado de la elegancia de esta ciudad, la mas sucia y la mas pintoresca del continente. Desde el puente del buque, consideraba ese panorama verdaderamente mágico. ¡Cuál fué su sorpresa, cuando vió que todas aquellas calles, tan agradables á la vista, estaban llenas de lodo, todos aquellos hermosos palacios arruinados, y todas aquellas casas góticas cuajadas de inmundicia! Conoció entonces que, para admirar las cosas del mundo, se hace preciso contemplarlas á alguna distancia.

» Pero la mas ruin de todas las ciudades de Europa para un oriental, es un portento de actividad y movimiento. Hasan se paseó mucho tiempo por las calles y plazas, embelesado con la novedad del espectáculo.

» — ¡Cuán milagrosa es esa industria europea, decia á su compañero, y cuánto valor se necesita para condenarse á ese perpétuo movimiento! Si la naturaleza no ha dado á los occidentales llanuras tan ricas como las nuestras, los europeos, venciendo y domándose á sí mismos, han sabido crearse, para su uso, un mundo mágico, parto de sus obras. ¡Cuán admirables son esas mil embarcaciones, y ese bosque de mástiles, y esos pabellones de todos colores que la brisa hace tremolar y que reflejan las aguas! Mientras está decia, una espesa nube cubrió el cielo y le oscureció, la tierra temblaba bajo sus piés como si el suelo, perdiendo su primera solidez, se hubiese transformado en olas movibles. Un alarido universal salia á la vez de todos los palacios, casas é iglesias; las gentes huian por todos lados. Las catedrales y palacios se desplomaban, caian sobre los fugitivos, y sus trozos parecian perseguirles. En el mismo seno del mar se abrieron nuevos abismos, que tragaban todos aquellos buques que Hasan acababa de contemplar. Una inmensa mole de granito que ocupaba parte del muelle, sirvió de refugio á los dos asiáticos y á una parte de los habitantes. Pero aquella mole, que parecia haber echado raices en las entrañas de la tierra, se hendió y destrozó como una hoja de papel; entonces ya no se vieron mas que horrosas convulsiones, luces inciertas, vanos conatos, espantosas visiones, extrañas agonias. El desgraciado Hasan luchó largo tiempo en el fondo del abismo, y por no sé qué ilusion sobrenatural, mientras que las olas embravecidas pasaban por encima de su cabeza, creia ver al peregrino, grave, sosegado y siempre austero que andaba por encima de las aguas, pareciendo triunfar de los elementos y despreciar el furor de la naturaleza. Hasan, sintiendo que iba á morir, tuvo fuerza para hacer una última reflexion, y reconoció que habia hecho mal de probar el destino y acusar á la Providencia, cuando gozaba en su palacio de Anatolia de todos los bienes de la vida que no podian satisfacerle. Cuando vió que se acercaba su postrer instante, un rayo de piedad y de resignacion á la voluntad celestial brilló en lo mas íntimo de su corazon. Entonces trató de subir con un fuerte movimiento á la superficie del agua; pero de repente abrió los ojos; ¡qué asombro! encontré recostado en un sofá en un magnífico salon; en un cogen habia frutas, allí cerca una copa de oro, y no lejos de Hasan una jóven que tenia en la mano una pistola con la culata de plata cincelada, y que acercándose á una ventana, tocó el gatillo y disparó. Hasan reconoció á Zuleika la circasiana, aquella cuya belleza, digna del serralló del Gran Señor, habia despreciado. Hasan habia dormido: pero el sueño le habia dado una leccion poderosa; habia aprendido que la mayor desgracia del hombre es esa dicha aislada que, no dejándole deseo ni esperanza, no le causa mas que saciedad y fastidio; y que finalmente, un lazo indisoluble hermana en la tierra, por una ley que nada puede cambiar ni turbar, el bien y el mal, el placer y el dolor, la vida y la muerte, la sombra y la luz, el padecimiento y el deleite.

M. DE F.

Las madres.

¡Las madres!
¡Qué dulcísima poesia encierran estas dos palabras!
¡Cómo bajan los recuerdos á despertar en el corazon los mas nobles sentimientos, la mas suave ternura!

¡Las madres!
¡Qué poema se agita en el alma al vibrar en ella las mágicas cuerdas del mas puro de los amores!

¡Una madre!
¡Vedla con qué cariñoso afán prepara los primeros pañales que han de envolver al hijo de su corazon; con qué delirante amor, con qué sublime orgullo le contempla y le da el primer beso!

Al pié de la cuna, velando su inocente sueño, es el ángel de la Guarda que vela el sueño de otro ángel. Guiando sus primeros pasos, aspirando sus primeras sonrisas, riendo con sus gracias infantiles, es la mas bella imágen del cariño, la mas pura expresion del amor.

Ella es la confidenta de nuestras primeras impresiones, la que enjuga nuestras lágrimas, la que alienta nuestros primeros pasos en el áspero sendero de la vida.

Ella rie con nuestras alegrías y llora con nuestro llanto.

Ella consuela nuestras aficciones y mitiga nuestras penas con el manantial de su cariño.

Ella es siempre el puerto salvador del naufragio de la vida.

¡Las madres!
«Quien tiene madre no puede ser desgraciado, aunque sobre él caigan todas las penas, todos los sufrimientos.

La sonrisa de una madre es un iris que serena el mas borrascoso cielo. Quien no ha tenido madre no debió nacer.

La ternura de su alma es solo comparable con la inmensidad de Dios.

Un niño sin madre es un ave sin nido.

Las madres son una isla de bienaventuranza en medio del mar de la existencia, un oasis protector en el desierto de la vida.

El huérfano, el que nunca recibió sus caricias, es el ciego que no vió nunca la luz del sol.

El cariño de una madre es inagotable.

Su amor es el amor de los amores.

El hijo que hace derramar una sola lágrima á su madre, no tiene perdon de Dios, y es inferior á las fieras de los bosques.

¡Oh! ¡Yo adoro á mi madre con toda mi alma!
¡Su vida es mi vida, su aliento mi aliento, su ser mi ser!

Quien no ama á su madre no ama á nadie, porque su corazon es de escoria.

La madre que nos da el ser y vela el sueño de la cuna, sufre con santa resignacion la ingratitude de un hijo, ahoga su pena en el alma, disculpa sus faltas y le abre sus brazos.

Ella nos enseña las primeras oraciones, ella nos enseña á creer, á esperar en Dios y á ejercer la caridad, porque el corazon de una madre es todo amor para sus hijos.

¡Benditas sean las madres!
Si la vida nos da amarguras, tambien nos da goces.

Si el hombre es un desterrado del cielo, abierto tiene el camino para volver á él.

El arrepentimiento purifica. El cariño de las madres es una escala que pone en comunicacion el cielo con la tierra.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

T. J. Pelouze.

Julio Pelouze, nacido en Valogne (departamento de la Manche) el 26 de febrero de 1807, apenas tenia sesenta años y su robusta constitucion parecia prometerle aun una larga vida, cuando hace algunos meses su salud se quebrantó de repente con el fallecimiento de la excelente compañera que durante cerca de treinta años habia sido partícipe de sus alegrías y sus tristezas. Al cabo de un mes de crueles padecimientos J. Pelouze sucumbió en el pueblecillo de Bellevue, adonde habia sido trasladado.

Hijo de sus obras, Pelouze, como sus ilustres colegas del Instituto, Dumas y Balard, comenzó por ser discípulo farmacéutico. A su llegada á Paris en 1827 fué admitido en el laboratorio de Gay-Lussac; mas nombrado por oposicion interno de farmacia, abandonó muy luego esta posicion que no le permitia entregarse enteramente á sus trabajos de química. En 1830, la municipalidad de Lille decidió la fundacion de una escuela de química industrial, y Pelouze fué nombrado para esta cátedra; pero en el año siguiente fué llamado de nuevo á Paris para suplir á Gay-Lussac. Desde entonces llegó á ser sucesivamente maestro en la Escuela politécnica, profesor en el colegio de Francia, miembro de la Academia de ciencias, miembro del Consejo municipal de Paris, uno de los directores de la manufactura de espejos de Saint-Gobain y de Chauny, comendador de la Legion de Honor. Ya en 1833 obtuvo por oposicion un empleo en la casa de Moneda, y en 1848 vino á ser presidente de la comision de monedas, una de las posiciones mas elevadas á que puede aspirar un químico, y que le hizo en Francia el colega de Newton y de sir John Herschel,



JOSEPH S. MEEHAN

Baile dado en la embajada de Prusia el 13 de junio.

Parquet



M. T. J. Pelouze, miembro del Instituto de Francia.

en que al enérgico impulso de M. Haussmann, se comenzó la transformación de París, Pelouze fué uno de los principales instrumentos de todas las mejoras hechas en la capital bajo el punto de vista higiénico. No solo era Pelouze un profesor eminente que reunía en sí la precisión de Gay-Lussac y la animación de Thenard, sino que era al mismo tiempo el mejor de los hombres, un amigo como hay pocos. De una afabilidad constante y de una benevolencia suma, Pelouze se había hecho querer en todas las posiciones que ocupó sucesivamente. ¿Se puede hacer de él mayor elogio?

D. M. D.



El doctor Civiale, miembro del Instituto y de la Academia de medicina.

El doctor Civiale.

El doctor Civiale, cuya pérdida deplora también la ciencia, nació en Thiezac (departamento del Cantal), el 25 de julio de 1792. Aunque había llegado ya á la

En los últimos cuarenta años Pelouze ha enriquecido los anales de la ciencia con numerosísimas memorias sobre la química mineral y la química orgánica, de que puede considerarse como uno de los fundadores. Su gran *Tratado de química* en seis tomos, fruto de una colaboración perseverante con M. Fremy, ha venido á ser una obra clásica. Entre sus títulos de gloria mencionaremos también sus investigaciones sobre el azúcar indígena que produjeron una revolución en el sistema de cultivo de la remolacha seguido hasta entonces; el descubrimiento del éter anantico, principio del aroma de los vinos, hecho en Alemania, y el de la pólvora de algodón que produjo con Liebig, etc.

Como miembro del consejo municipal y desde el día

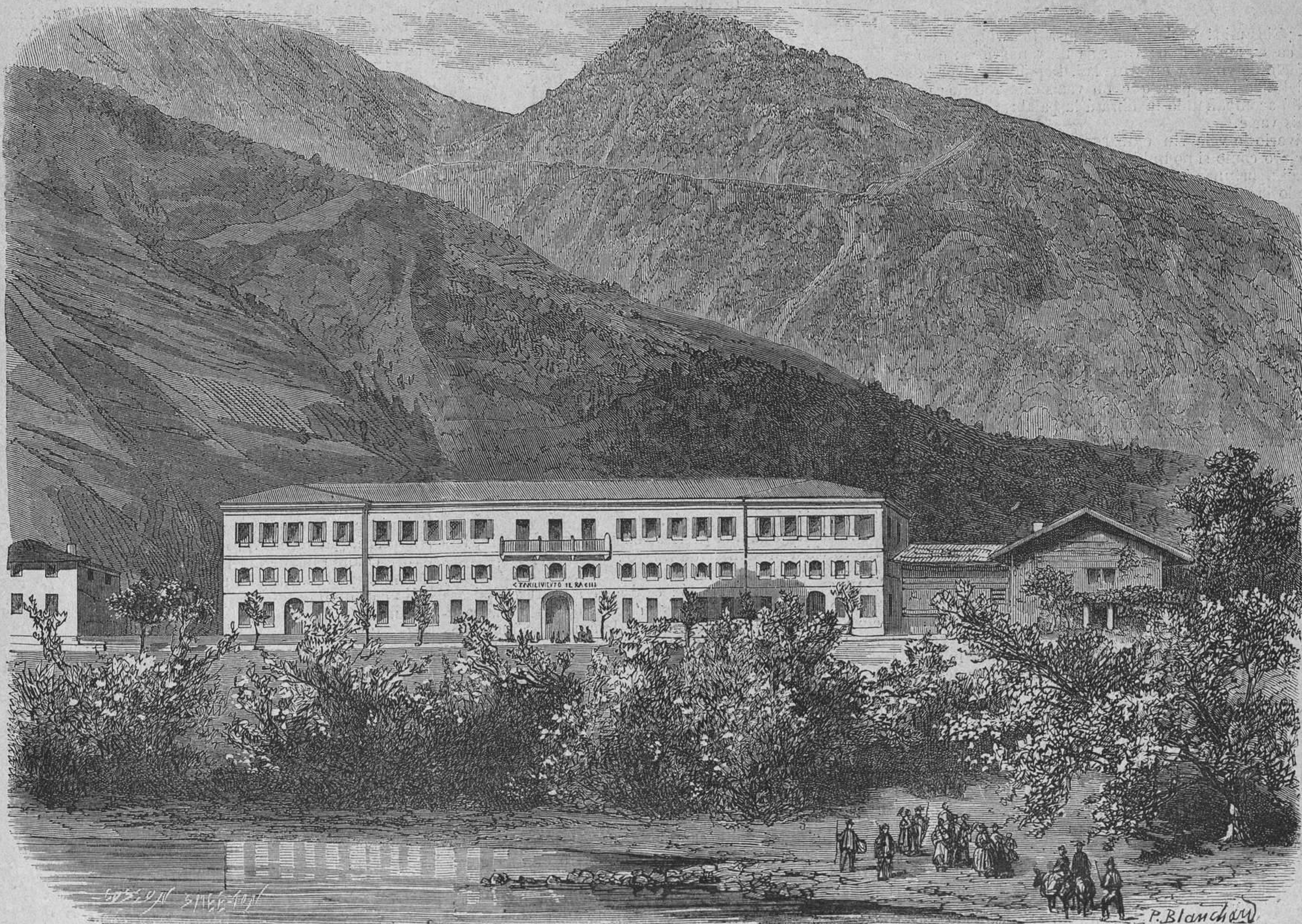
edad de setenta y cinco años, había conservado todas sus fuerzas, toda su inteligencia, y no hace muchos días se le oyó leer en el Instituto una interesante Memoria sobre los cálculos de la vejiga, estudio de que no había cesado de ocuparse durante medio siglo, y que le había alcanzado una fama europea.

En 1817, Civiale era alumno de medicina y se hallaba agregado, en calidad de simple externo, al servicio del Hotel-Dieu. Por algunas palabras pronunciadas en el curso que hacía entonces Marjolin, entrevió la posibilidad de librar á la humanidad de la operación de la talla, destruyendo la piedra en la vejiga por medio de instrumentos introducidos por el canal de la uretra. Civiale se consagró á la obra, y muy luego tuvo la glo-

ria de inventar la litroticia y de ser el primero que la aplicó sobre el ser vivo. Creemos que en el día nadie le disputa ya esta gloria. Laureado del Instituto en 1824 y 1826, Civiale fué nombrado en 1835 miembro de la Academia de medicina, y en 1847 miembro asociado de la Academia de ciencias. Hace más de cuarenta años que Civiale era cirujano en el hospital Necker, donde se conservan todos los cálculos que ha extraído en todo ese tiempo.

Civiale era un eminente especialista. Hombre de gustos muy sencillos, pidió antes de morir que su cuerpo fuese depositado en el pequeño cementerio de Garches y que no se pronunciase ningún discurso sobre su tumba.

D. M. D.



Los baños de Vetricolo en Levico (Trentino).

Los baños del Vetricolo en Levico.

(TRENTINO.)

A pocas horas de Verona y de Venecia, á dos pasos de la ciudad de Trento, ó lo que es lo mismo, en el centro del Véneto, se encuentra un establecimiento cuyo nombre no figura en ninguno de nuestros tratados de hidrología. Y sin embargo, las aguas de Vetricolo son muy dignas de fijar la atención. Sitio precioso, montañas cubiertas de castaños, con flancos esmaltados de ricos viñedos, inmensos llanos de helechos cortados por dos magníficas lagunas, clima siempre templado, aire puro y vivificante, tal es el país que merece seguramente lo que dijo Marcial de Albano:

Vos eritis nostræ portus requiesve senectæ,
Si juris fuerint ostia nostra sui.

El establecimiento del Vetricolo posee dos fuentes minerales: el agua de la primera es ferruginosa, cuivrica y arsenical, y ordinariamente se emplea en baños; y la de la segunda, también muy rica en principios marciales y en arsénico, forma depósitos de lodo que contienen ocre en grande cantidad.

La lista de las afecciones que se tratan con estas aguas es muy larga para reproducirla aquí; pero debemos, sin embargo, señalar los buenos efectos que con ellas se obtienen en la esterilidad, que no es si se quiere una enfermedad, pues por lo regular está bajo la dependencia de un estado particular del organismo. Cada año jóvenes esposas privadas de la felicidad de ser madres se vuelven de Levico con una certeza consoladora.

Por lo demás, el viajero que desee visitar uno de los mas bellos países que tiene Italia, no debe olvidarse del nombre de Vetricolo.

L. C.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Dios mio! exclamó la señora Bedwin, no digais esas cosas, amigo mio; vos sois muy nervioso; esto es el efecto de vuestra enfermedad. Dejadme volver la silla del otro lado, para que no veais este retrato; vaya, añadió acompañando la obra á la palabra, ahora ya no podeis verle.

Oliverio le veía sin embargo con los ojos del alma, tan claro como si no hubiese cambiado de posición, mas temía importunar á la anciana y procuró tranquilizarse; cuando la señora Bedwin tuvo el placer de verle así, echó sal al caldo y cortó en seguida algunos pedacitos de pan tostado con toda la atención que requiere semejante operación. Oliverio tomó esta sopa con toda la presteza posible, y no había acabado de llevar á la boca su última cucharada, cuando llamaron suavemente á la puerta.

— Adelante, dijo la anciana.

Entonces apareció el señor Brunlow. Avanzó con paso ligero; pero apenas acababa de ponerse los anteojos sobre la frente, y de cruzarse de brazos para ver mejor al niño, cuando su semblante se contrajo, cambiando varias veces de expresión.

Abatido por la enfermedad, Oliverio por respeto á su bienhechor hizo un esfuerzo inútil para levantarse, mas cayó en seguida sobre su asiento, y el señor Brunlow, que tenía ordinariamente mas corazón que seis ancianos juntos, sintió que salían de sus ojos abundantes lágrimas, cuya causa no intentaremos explicar porque no somos filósofos.

— ¡Pobre niño, pobre niño! dijo intentando aclarar su voz. Esta mañana, señora Bedwin, me he puesto ronco, temo haber cogido un resfriado.

— Yo espero que no, contestó esta. Toda vuestra ropa está bien seca, señor.

— Esto no es exacto, señora Bedwin, dijo el señor Brunlow: yo creo que ayer á la hora de comer me disteis una servilleta húmeda, mas no hablemos ya de esto. ¿Cómo os encontráis, amiguito mio?

— Bien dichoso y reconocido á vuestras bondades, contestó Oliverio.

— ¡Querido niño! dijo Brunlow, repuesto de su emoción. ¿Le habeis dado de comer? ¿Una sopa caliente, eh?

— Acabo de darle una taza de caldo excelente, respondió la señora Bedwin, recalando la última palabra, para hacer notar sin duda la calidad de lo que acababa de tomar.

— ¡Bah! replicó Brunlow encogiéndose de hombros, algunas gotas de vino generoso le hubieran sentado mejor; ¿no es verdad, Tom White?

— Yo me llamo Oliverio, contestó el niño sorprendido.

— ¿Oliverio? dijo el señor Brunlow; ¿Oliverio qué? Oliverio White, ¿verdad?

— No, señor, Oliverio Twist.

— Extraño nombre, dijo el anciano. ¿Por qué pues, dijisteis al juez que os llamábais White?

— Yo no he dicho nunca esto, respondió Oliverio desconcertado.

Esto parecía una mentira y el señor Brunlow lanzó sobre Oliverio una mirada severa; sin embargo, no había que dudar de su palabra, pues la verdad reflejaba en todas sus facciones.

— Esto sin duda es una equivocación, dijo el señor Brunlow.

Y aun cuando no tenía motivo para mirar fijamente á Oliverio, la semejanza de este con alguna otra persona conocida suya, se le fijó otra vez en la imaginación de una manera tan tenaz, que no podía dejar de contemplar al muchacho.

— ¡Yo espero que no esteis enfadado conmigo, señor? ¡Dijo Oliverio levantando sus ojos suplicantes.

— No, no, replicó el anciano. ¡Dios mio! añadió, ¡qué veo, señora Bedwin, mirad!

Y al decir esto señalaba con su dedo á Oliverio y al retrato que había colgado encima de él, pues el rostro del niño era la copia exacta del retrato: los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones. En aquel momento la semejanza era perfecta y todas las líneas del semblante parecían estar reproducidas con una precisión asombrosa.

Oliverio ignoraba la causa de esta exclamación súbita: estaba todavía débil para resistir la emoción que le causó, y quedó desvanecido.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

XIII.

— ¿Dónde está Oliverio? preguntó el judío con furor levantándose con aire de amenaza; ¿qué le ha sucedido?

Los jóvenes pilletes miraron á su maestro con ademán de temor; despues se miraron mutuamente y no contestaron nada.

— ¿Qué ha sucedido á Oliverio? dijo el judío cogiendo por el cuello al *Truhan* y amenazándole con imprecações. Habla ó te estrangulo.

Fagin acababa de pronunciar aquella frase con tono tan serio que Charlot Bates, en todos los casos juzgaba prudente ponerse al abrigo, y que le parecía muy posible que el judío estrangulara á su compañero y despues á él, se arrojó, lanzando un grito ronco y prolongado que tanto parecía el mugido de un toro furioso como el de una tromba marina.

— ¿Hablarás? dijo el judío con voz de trueno, sacudiendo al *Truhan* con tal fuerza, que era extraño que la levita no quedara entre sus manos.

— Ha caído en la ratonera, dijo el *Truhan* con tono áspero. Vaya, ¿quereis soltarme?

Y desprendiéndose de un salto de su diestra, cogió el tenedor de asar é intentó dar un golpe al anciano, que de haberle acertado es probable le hubiese hecho perder la alegría por un mes ó dos, y tal vez mas.

Pero el judío se apartó con mas agilidad de la que se puede suponer en un hombre decrepito en la apariencia, y cogiendo el jarro de estaño se preparaba á tirarlo á la cabeza de su adversario, cuando Charlot Bates hizo que fijara su atención sobre él por haber exhalado un espantoso aullido, lo cual hizo que el judío le tirase el jarro lleno de cerveza.

— Y bien, ¿qué significa todo este ruido? murmuró de repente una voz bronca, ¿quién me ha echado esto á la cara? Por fortuna no me ha alcanzado mas que la cerveza y no el jarro, pues de lo contrario hubiera dado que hacer á alguno. Yo no hubiera creído jamás que un viejo pícaro judío pudiese probar otra cosa que agua sola y pura. ¿Qué pasa aquí, Fagin? Por vida de... mi levita está llena de cerveza... ¿Vas tú á entrar, animal? ¿Qué haces aquí parado? ¿Tienes miedo de tu maestro? ¡Aquí!

El hombre que hablaba de una manera tan brusca era un robusto mozo de unos treinta y cinco años, que llevaba una levita negra de terciopelo ordinario, un pantalon gris, botinas con lazo y medias azules que cubrían enormes y robustas piernas. Su sombrero era castaño y al rededor de su cuello se veía una gran corbata con cuyas puntas raidas se limpiaba el rostro. Así que hubo concluido esta operación dejó ver su cara grande, con una barba que hacia muchos días que no se había afeitado, y sus ojos siniestros, en uno de los cuales se notaban las señales de un golpe reciente.

— ¡Aquí! ¿entendeis? gritó el hombre con aire imperioso.

Un perro de aguas con la cabeza herida en veinte partes entró arrastrándose por el cuarto.

— Gastais mucho tiempo, le dijo aquel hombre. Sois demasiado orgulloso para reconocerme delante del mundo, ¿no es verdad? Acuéstate allá.

Este encargo fué acompañado de un puntapié que envió al animal al otro lado de la sala. Parecía, sin embargo, estar ya acostumbrado á este tratamiento, puesto que se echó tranquilamente en un rincón sin exhalar un quejido, y abriendo y cerrando sus feos ojos veinte veces por minuto, pareció quedarse inspeccionando la sala.

— ¿Con quién regañabais? preguntó el recién llegado sentándose con aire resuelto. Vos maltratais á los muchachos, viejo avaro, viejo ladron, viejo infame. Me pasma que no os asesinen; si yo estuviera en su lugar, lo pagariais caro; si yo hubiese continuado siendo vuestro aprendiz, hace tiempo que la farsa hubiera concluido y... Pero no, ni siquiera podria vender vuestra piel; os meteria en una botella para enseñaros como prodigio de fealdad.

— ¡Chut, chut! señor Sikes, dijo el judío temblando, no hableis tan alto.

— No me llameis señor, contestó el bandido; esto significa que maquináis algo contra mí. Vos sabeis mi nombre, ¿es verdad? Yo os aseguro que no le deshonraré cuando llegue el momento.

— Muy bien, muy bien, Guillermo Sikes, dijo el judío con una humildad abyecta; teneis el aire de mal humor, Guillermo.

— Puede ser, contestó Sikes; me parece que á vos os sucederá poco mas ó menos lo propio, cuando estais echando jarros de cerveza á la cabeza de las gentes, á menos que no les quisierais hacer otro daño que denunciarles y...

— ¿Estais loco? dijo el judío cogiendo á Sikes por el brazo y señalándole con el dedo á los muchachos.

Sikes se contentó con hacer el gesto de un hombre que tiene en su cuello un nudo corredizo, é inclinó la cabeza sobre su hombro derecho, pantomima muda que el judío dió señales de entender perfectamente.

Despues, con términos extravagantes, de que estaba salpicada su conversación, y que son inútiles de citar, porque serian incomprensibles para nuestros lectores, pidió un vaso de licor.

— Y sobre todo tened cuidado de no echarle veneno, añadió, dejando su sombrero encima de la mesa.

Dijo esto bromeando; pero el judío mordióse los labios con infernal sonrisa, dirigiéndose á la dispensa y

— ¿No supiste lo que le sucedió á tu comadre Pia!

— Eso sería por boba; ó porque ya le convenia, mamá.

— Pues solo que así...

Don Demóstenes no pudo oír mas de la conversacion de la alcoba, y lo sintió en el alma; pues aun cuando este ruido fuese un nuevo motivo de desvelo, era muy útil para un forastero cualquier revelacion sobre asuntos de la parroquia, donde tenia que pasar una larga temporada.

Volvió á rendirse al sueño cuando el día comenzaba á brillar; pero volvió á ser interrumpido por la patrona Patrocinio, la cual subida en un tronco, á voz en cuello gritó en la mitad del patio.

— ¡Piu, piu, piu, piu! Y desde entonces los marraños, los piscos y gallinas, y el burro carguero, no dejaron esperanzas de mas sueño con su alboroto infernal. Un gato muy taimado asistió tambien, aunque solamente como curioso.

Se salió don Demóstenes á dar un paseo por los campos, y el aire, la libertad y el silencio calmaron el trastorno que su cabeza experimentaba desde los acontecimientos del baile, y desde el susto que tuvo á la madrugada por el sacudimiento de la hamaca.

III.

EL CURA.

Estaba don Demóstenes ciñéndose sus atavíos y arreglando su traje de cacería, cuando sonó un golpe en la puerta.

En esto de golpes hizo él en la parroquia lo que hacia en Bogotá: dejarlos al cuidado de otro, para seguir en sus ocupaciones; pero como las caseras tampoco respondian y los golpes sonaban ya por tercera y cuarta vez, se resolvió á las consecuencias, y disimulando su enfado, gritó:

— ¿Quién va?

— Soy yo, respondió una voz humilde; yo, el cura de esta parroquia.

— Sírvase Vd. sentarse mientras acabo ciertos arreglos, le respondió con menos retintín, apurándose á perfeccionar su tocado.

El cura se sentó en la jesuítica silla, y se puso á reparar con el lente unas flores que llevaba en la mano. El traje del párroco era sencillo:

Llevaba un largo leviton gris, chaleco y calzon negro, cuello morado, sombrero negro de fieltro de ala tendida, aunque no pequeña. Su continente modesto y respetable decia bien con su traje, en el cual no habia ni coquetería ni disfraz. Llevaba en su mano un largo baston, fiel compañero de sus excursiones al campo.

Al aparecer don Demóstenes en la sala, se saludaron con la cortesía propia de las dos personas mas ilustradas que pisaban actualmente la parroquia.

— Sabia, dijo el párroco, que un caballero estaba en mi parroquia, y me he apresurado á darle la bienvenida, y á ofrecerme por mí y por los notables del distrito.

— Mil gracias, señor cura.

— Porque en una soledad es donde se aprecia el trato de la gente culta.

— Me honra Vd. demasiado.

— La verdad, señor. Yo no tengo aquí con quien conversar entre semana, sino con mis libros.

— ¡Oh, la imprenta es el conductor de la ciencia y el baluarte de la libertad! Un hombre preso á quien se le conceda luz y un libro, nunca será desgraciado. La nacion que tenga libertad de imprenta jamás será tiranizada.

— Y el cura que no lea, tendrá que adormecer su imaginacion con la conversacion soez de las tiendas ó de las esquinas, ó con algun vicio que lo domine. Aparte de la necesidad que tenemos, hoy mas que nunca, de estudiar, por la lucha con el protestantismo.

— Es muy cierto, señor cura.

— ¡Y cuán vastos son los asuntos de la instruccion del cura, ahora que hay sacerdotes de otras comunidades en la república!... Yo por mi parte procuro leer, aunque mis correrías poco tiempo me dejan.

— ¿Y es bueno el curato?... ¿Da platica?

— No da plata; pero aunque corto el campo, es bueno para segar mucha mies. Ha hecho falta la doctrina; pero trabajando puedo conseguir mucho fruto, aunque llevo poco tiempo de estar aquí.

— ¿Y el temperamento?

— No muy bueno, caballero.

— No debería Vd. decirlo, porque entonces se puebla menos su distrito parroquial.

— Yo no diré una mentira, señor, porque la cuestion *temperamento* es cuestion de vida ó muerte; ¿y cómo le iba yo á decir á Vd. que mi parroquia es sana, para comprometerlo á que trajese su familia á padecer epidemias? ¡Sería un crimen inaudito!

— ¿Y cuando sea cuestion de hacer plata con trasplantar la gente?

— Eso casi no necesita respuesta entre cristianos.

— ¿Y de elecciones, cómo andamos, señor cura... usted no votará, no?

— ¿Por qué no? señor, cuando la Constitucion no me lo prohíbe.

— Pero un cura, me parece á mí que no debe meterse en la política, por aquello de «mi reino no es de este mundo.»

— Pues eso de «mi reino no es de este mundo,» les

ha dejado á los curas derechos y obligaciones subsistentes en el estado político, les ha dejado existencia y libertad, premunidas por la Constitucion.

— La Constitucion si los abraza, de cierto; pero nuestras leyes han tratado de separarlos del cabildo, de la escuela, del Congreso, de las elecciones.

— Pues el texto es una sentencia de Jesucristo, en que les muestra á los judíos que sus glorias y triunfos no consisten en los tronos y cetros de la tierra, sino en la bienaventuranza eterna; que no viene á apoderarse del poder civil, sino del moral, y nada mas. Señor, si la política no abrazara la moral, y si la moral se pudiera, en nuestra tierra, cimentar sin la instruccion evangélica; mas todavía: si no se versara la política sobre las dichas ó desdichas del hombre, entonces si se debería abstener el sacerdote cristiano de ella; pero como donde está el hombre allí está la miseria, así como donde están los árboles se encuentran las hojas secas, es preciso tambien que allí esté el sacerdote, aliviando, aconsejando, educando el corazon, y previniendo el error y el crimen. ¿No tiene que hacer la política con el sacerdocio?... Y en una parroquia de estas donde nadie lee, donde nadie explica ni recuerda la ley escrita, donde nadie se apura porque haya escuela, ¿quién señala el camino del deber? ¿quién recuerda el respeto á los padres? ¿quién contiene el robo que pudiera hacerse al hacendado? ¿quién lucha en favor de la instruccion del matrimonio, base de la sociedad política?

— Es que la sociedad tiene su tendencia irresistible á perfeccionarse; y el pueblo tiene su instinto sobre lo que le conviene, dejándolo sin trabas. El principio «dejad hacer» vale mas que todas las leyes del mundo.

— Señor, si yo no supiera (porque fui cura en los Llanos) que ni los tunebos, ni los caribes, ni los guaques han adelantado nada en la civilizacion en trescientos años, por sus esfuerzos, mientras otros pueblos bajo la enseñanza evangélica han ido mas adelante, le concedería su teoria.

— ¿Mas adelante que nuestra escuela?... Pues deje usted que se difundan nuestras doctrinas sociales, y verá que no.

— Pero ya los socialistas de mi escuela han llevado muy adelante la bandera.

— ¿Cuándo? ¿quiénes? ¿de qué modo?

— ¿No ha cruzado el sacerdote católico los desiertos del Meta, arrojando las flechas, las garras de las fieras y el hambre, y las infinitas plagas, por cumplir su misión civilizadora? ¿No ha soportado la pestilencia de los hospitales por aliviar? ¿No ha consagrado su vida al confesonario y al púlpito por corregir? ¿Civilizar, aliviar y corregir no es trabajar por la mejora de la sociedad?

— Nosotros escribimos y peroramos.

— ¿Y cuántos oyen las peroratas? ¿y cada cuándo hay una perorata? ¿y entre la gente del pueblo, quién lee lo que Vds. escriben? ¿y cuántos se convencen y se aprovechan?...

— A nosotros nos oyen cada ocho días, y se lo diré sin vanidad, nos creen... ¿Le queda á Vd. duda de que nosotros hemos tomado la iniciativa, y de que hemos conseguido mucho?

— Por lo menos nuestro fin es el mismo, la mejora de la sociedad; no hay sino que el método de Vds. es tan sumamente lento; pues llevan cerca de dos mil años, y nosotros concebimos una reforma, ¡y zis, zas! la publicamos, y la planteamos, si no nos la tuercen nuestros contrarios. De todo esto deberíamos deducir que gólgotas y sacerdotes católicos somos una cosa parecida. Y que no le quede duda, señor cura; todo este que nosotros predicamos y escribimos de abolicion de monopolios, de division de los grandes terrenos, de igualdad fraternal, de trabas á los ricos, de aliviar al menesteroso con lo sobrante del avaro, todo esto no es otra cosa que la doctrina predicada en el Gólgota; no es otra cosa que el catolicismo. Conque hágase gólgota por entero, señor cura.

— Tal vez sí es la misma cosa, señor; pero esto que publican Vds. en sus periódicos sobre el matrimonio, sobre el papa, sobre el goce de los placeres...

— Estas son opiniones, y Vd. debe atender al corazon y á la doctrina. En el corazon de un gólgota encuentra usted franqueza, desinterés, verdad, y sobre todo la chispa de la libertad como la inspiracion de la divinidad misma. Nosotros los gólgotas no decimos libertad de sufragio para trastornar elecciones por la violencia, nosotros no decimos libertad absoluta de la imprenta para fraguar revoluciones, que no son justificables sino donde no hay imprenta libre ni sufragio; nosotros no hablamos de fraternidad para aterrar, violentar y subyugar. Nosotros somos consecuentes con nuestros principios.

— ¿Estamos tocándonos en muchos puntos, no es verdad?

— Fraternicemos, señor. ¿Usted quiere votar?... vote por mi candidato.

— Que es...

— El candidato radical.

— O vote Vd. por el mio, señor don Demóstenes.

— ¿El conservador?... Imposible.

— ¿Y cómo iba yo á votar por otro, con todos los precedentes contra la Iglesia?

— ¿Y nos hará Vd. la guerra por el púlpito?

— Eso no, señor; sobre una mesa en la mitad de la plaza, si Vd. arenga sobre candidatura, arengaré yo despues, con la Constitucion en una mano y el Evangelio en otra.

— Pues no, señor cura: por mi no tenga Vd. cuidado. Lo que debemos es poner los ojos en gente buena, para

que haga la dicha de la patria... y hablando de otra cosa, ¿no le parece á Vd. bueno que escribiéramos un artículo contra las autoridades de esta parroquia, que han descuidado tanto la cosa pública? ¡Qué caminos! Llegué á Mal-abrigo descuartizado, y con una contusion á causa de que se atolló la mula conmigo entre unas palizadas sembradas entre el barro.

— Lo siento mucho, señor don Demóstenes.

— La posada, sobre todo. Una barbacoa desapareja y cundida de chiribicos... ¡Oh, si no hubiera sido por Rosa!... Y la cena... Gracias á Rosa, que me aderezó por ahí unas tostadas. Mucho me acordé de mis posadas de los Estados Unidos, señor cura.

— ¿No será mejor denunciar á la vergüenza pública á nuestros legisladores, á los tribunos, á los jefes de escuelas sociales, á nuestros políticos en general, por tener el país en postracion, á pesar de las loas de progreso, estando pisando los metales preciosos, y tantas fuentes de riqueza, y llevando ya cuarenta años de libertad?

— Pero las posadas, señor cura. Hay que darles un impulso. Yo le mostraré unos planos y vistas de algunas posadas de los Estados Unidos... pero ¿qué quiere usted?... la república modelo...

— Es cierto, señor, la república modelo...

— Y á propósito de posadas, lo que sí me gustó fue una decoracion de mi posada, de un género romántico en grado superlativo: una portada de arrayan y flores, y la armazon de la cama cubierta de la misma graciosa invencion: es una idea muy pastoril.

— Eso lo usan mis feligreses de las estancias, cuando se administran los sacramentos á los moribundos, así como es costumbre en Bogotá regar de flores las puertas y el zaguan.

— ¿Moribundos? exclamó don Demóstenes con algun sobresalto.

— Fue que en esa cama murió en estos días el padrastro de Rosa, y allí lo confesé yo: murió de la enfermedad que ellos llaman la *reuma gálica*.

— Con razon... exclamó don Demóstenes... pero en fin, con un buen articulito... está compuesto todo... ya verá usted.

La señora Patrocinio entró á este tiempo, y les interrumpió por dar al señor cura el recado siguiente:

— Manuela le pregunta qué día será la fiesta.

— Dígame Vd. que el domingo siguiente á san Juan... ¿y por qué quiere saberlo?

— ¡Ave María! señor cura, si esa niña no duerme, pensando en la pila que le tocó en el *reparto* de la fiesta de la iglesia, desde que supo que la Cecilia compone la otra. Dice que ella no se va á dejar vencer por su contraria.

Reparando entonces don Demóstenes una bellísima flor encarnada entre las que el señor cura traía del campo, le dijo:

— ¡Qué hermosura! ¿qué flor es esa?

— Es pasiflora, y se encuentra en los temperamentos de 70 grados de Fahrenheit, en bosques no muy altos ni cerrados, y en terrenos poco gredosos por lo comun.

— A mí me gusta la botánica, dijo don Demóstenes; pero no tengo lecciones prácticas.

— ¡Oh, señor! la teoria sin la práctica, es como un libro en idioma extraño, que uno no haya aprendido, que dice cosas buenas, pero ahí se quedan. Yo soy aficionado, y sé donde se encuentran muchas plantas curiosas... ¡Qué recurso es para un pobre cura un ramo de las ciencias naturales! Y no sé cómo no ha caído en la cuenta el señor arzobispo... Así es que si Vd. gusta, haremos nuestras excursiones juntos.

— Mil gracias, señor cura.

— Y tengo ajedrez y tablero de damas para que juguemos cuando Vd. guste, que será por la noche, porque en el día no se puede.

No solo aceptó don Demóstenes las ofertas, sino que bendijo la ocasion de encontrar una visita segura para los días de su permanencia en la parroquia. Se despidieron los dos personajes con disposiciones muy fraternales, como era de esperarse en aquellas circunstancias (1).

IV.

EL LAVADERO.

No hay pasion que tenga mas alternativas ni peripecias que la de la caza. ¡Qué singularidades no encuentra el cazador en los bosques, en las pampas, á orillas de los arroyos, al pié de los peñascos y entre las grutas escondidas! La cornamenta de un venado puesta en los pilares de un corredor; el ave que adorna la mesa de un tirador de escopeta; la sarta de cráneos puesta en la choza de un calentano cazador de capuches, ¿no son la historia de las mas singulares aventuras?

Pero ninguno, exceptuando el iniciado en los misterios de la profesion, conoce aquellos momentos de abatimiento en que regresa el cazador con armas al hombro, triste por la esperanza burlada, despues de tantas

(1) Aunque sea cierto, por desgracia, que en la Nueva Granada tenemos curas que no corresponden en su instruccion, ni en su moral, al estado de nuestras necesidades sociales, sin embargo, no nos faltaria entre los actuales un tipo, que por evitar personalidades no citaremos. De los que han existido nombraremos al doctor Ochoa, de Suba, al señor Céspedes, de Charalá, y no citaremos mas por no ser difusos.

fatigas invertidas, de tantos goces malogrados en la infausta jornada. Como si cruzase entre los sauces del cementerio de Bogotá, andaba don Demóstenes entre los dindes y los michúes oscurecidos en parte por las bejucadas de carare y toayá, siguiendo una trocha de madereros, en busca de cualquier ave, aunque fuera un *frigüelo*, cuando llegó á sus oídos un canto del lado de la quebrada.

Aunque la voz no era de los pájaros que buscaba, le llamó la atención, y con mil trabajos y agazapándose como el gato que se apronta para saltar sobre el incauto pajarillo, atravesó el enmarañado bosque, hasta que se puso en un punto donde pudo ver perfectamente el ave que cantaba.

Vió que era una jóven lavandera que divertía su soledad, soltando sus pensamientos y su voz, mientras concluía su tarea. Los piés desnudos entre el agua, el pelo suelto, y cubierta con unas enaguas de fula azul que bajaban desde los hombros hasta las rodillas (traje que en los valles del Magdalena y en los del bajo Bogotá se llama *chingado*) y el cuerpo doblado para sumergir la ropa entre el agua; tal era el espectáculo que divisó don Demóstenes desde su rústico observatorio.

Los golpes del lavadero y la tonada del bambuco que despertaban los ecos del monte, causaron tal impresión en el aburrido cazador, que se quedó como electrizado oyendo estos versos, acompañados por los golpes:

Los golpes del lavadero
Acrecientan mis pesares,
Haciendo brotar del alma
Suspiros por centenares.

La espuma del lavadero
Representa mis suspiros,
Que el aire los desbarata
En sus revueltas y giros.

El sitio era pintoresco, y se había acercado el cazador todo lo necesario para observarlo bien. Las ondas azules matizadas por la espuma de jabón, como el cielo por las estrellas en una noche de diciembre, se movían en arcos paralelos desde el lavadero hasta la barranca, de la cual colgaban verdes helechos. Se veían las sombras de las tupidas guaduas que circundaban el charco, con sus cogollos atados por las bejucadas de gulupas y nechas, cuyas frutas y flores colgaban prendidas de sus largos pedúnculos como lamparillas de iglesia en tiempo de aguinaldos.

Estático se hallaba don Demóstenes, y aunque tan adicto á la cacería, no se resolvió á hacer fuego sobre dos guacamayas, que por la caída de las frutas se hicieron sentir sobre el racimo de una de las cuatro palmas que con sus arqueadas hojas formaban la cúpula de aquel soberbio templo de la naturaleza.

Don Demóstenes hubiera tenido tiempo hasta de dibujar el cuadro entero en su cartera; mas parecía que era en el alma que quería grabarlo, porque los instantes se le pasaban mirándolo, sin sentir el jejen ni los voraces zancudos. Por otra parte lo tenía indeciso el miedo de hacerla huir ó avergonzarse por razón del traje tan de confianza que llevaba. Sin embargo, la indecisión terminó por una tomineja, que cruzó haciendo levantar los ojos dulces, negros y afables de la jóven,

que estaban en consonancia con los demás atractivos de su rostro. Mas el cazador tuvo la dicha de notar que su presencia no era molesta. Se acercó cuanto pudo, y como la urbanidad lo requería, tuvo que saludarla.

(Se continuará.)

Baja Normandía.

LAS REUNIONES Y LOS TRAJES.

Como tantas cosas del pasado, el traje tradicional va desapareciendo y muy luego habrá perdido esa agreste originalidad que hacia en otro tiempo de las jóvenes aldeanas tipos de gracia y de elegancia rústicas.

En la Baja Normandía era donde quizás se encontraba mayor diversidad en punto á modas campestres, como podía estudiarse sobre todo en las reuniones parroquiales.

Nadamas pacífico que esas reuniones de personas que pasan patriarcalmente en familia la fiesta patronal. Tampoco hay nada menos lujoso. Algunos puestos donde venden pan y tortas; otros donde hay estampas iluminadas, museo al aire libre poblado de santos y de leyendas populares, y el indispensable vendedor de rosarios benditos y escapularios. A menudo un cantor de feria reúne en su derredor un corro de gente; bajo una tienda ambulante pacíficos bebedores saborean la sidra local, y por último, el indolente pordiosero va de una parte á otra arrastrando su alforja y su bastón.

Diseminados sobre la yerba, los grupos se extienden debajo de los manzanos, y allí suelen encontrarse parientes y amigos que no se habían visto hacia mas de un año. Entonces se cuentan las nuevas del pueblo, y charlan y ríen durante horas enteras.

Los padres de familia muy engalanados y con los chiquillos de la mano ó acuestas, se muestran radiantes de gozo con su prole, en tanto que las comadres se ocupan en la chismografía campestre.

Un gallito de aldea con la rosa en los labios y la varilla de avellano surcada de arabescos entre sus dedos, se da tono delante de algunas robustas beldades á quienes espera hechizar con sus aires de suprema elegancia.

La multitud va y viene, se detiene y vuelve á echar á andar, se aglomera ó se dispersa pintorescamente. Los variados colores de las vestiduras campestres se armonizan ó forman contrastes dignos del pincel de un artista. El cielo está despejado, un alegre sol difunde sus claros rayos sobre la escena, y esa muchedumbre abigarrada y en continuo movimiento, ofrece un singular espectáculo, parece que se mueve un campo de flores azules, de margaritas y de amapolas.

En una de estas reuniones, en las inmediaciones de *Condé*, se dibujaron los tipos que nuestro grabado representa, y entre los cuales hay uno que merece una atención particular.

Era una jóven labradora, cuya alta cofia con largas barbas de encaje, recordaba el *hermin* feudal de las señoras de la edad media. Rubia, esbelta, de gracioso andar, de mirada suave y penetrante, llamaba la atención de todo el mundo y era como una imágen viva de esas señoritas nobles pintadas en los viejos libros de caballería: era una flor silvestre tan graciosa como una azucena de sus frescos valles.

Pero en el día esas mismas aldeanas comienzan á adoptar las modas comunes, esas modas que nacen en una estacion y muéren en otra, renunciando al traje tradicional que reunía la antigüedad del origen á la gracia y á la elegancia de la forma. No podemos menos de deplorar semejante cambio.

J. L.



Trajes de la Baja Normandía.

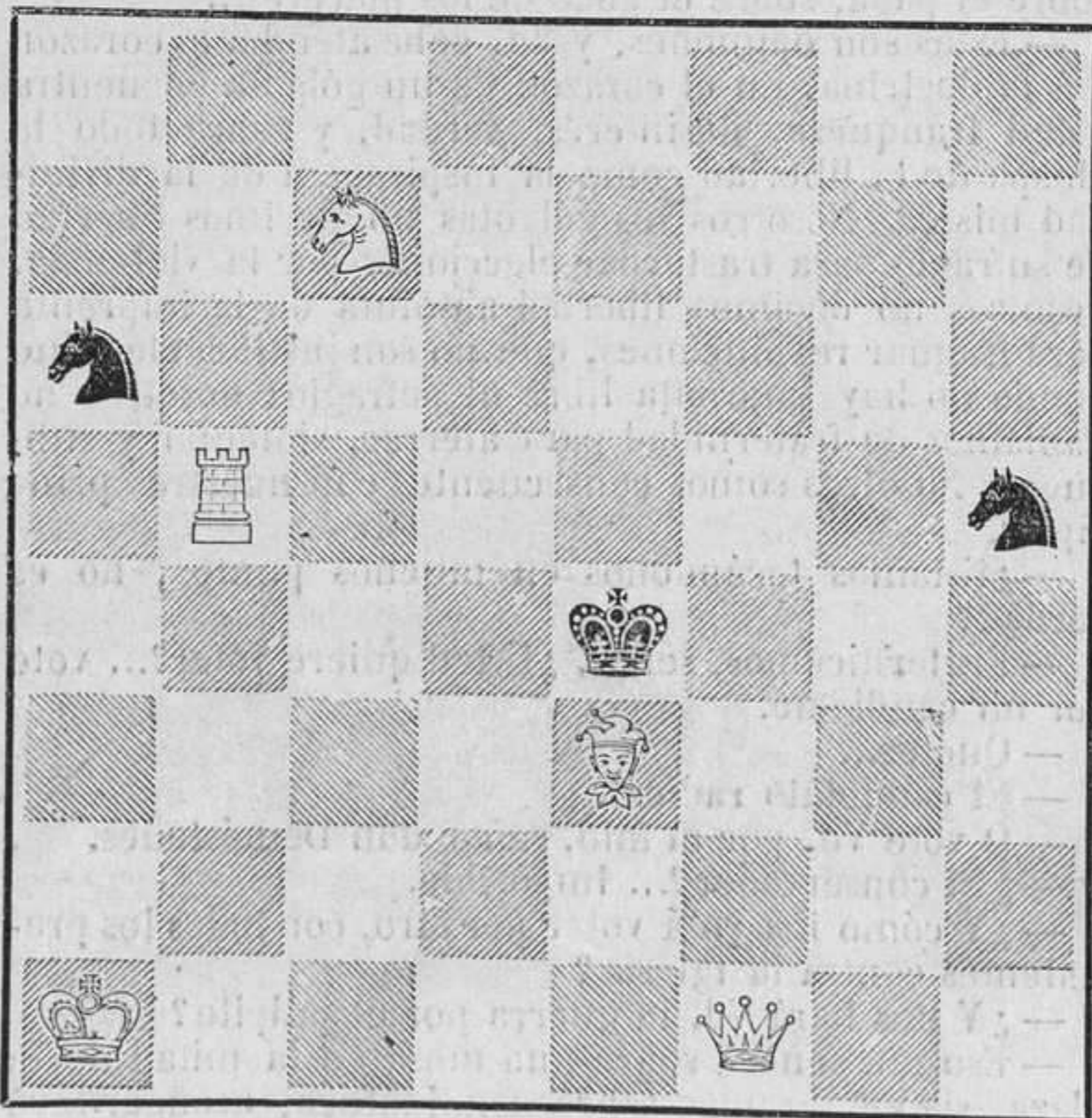
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 277.

- 1 A 2ª R P toma C
- 2 Ra 5ª TRª R 4ª R
- 3 A 7ª R jaque A 5ª Ra
- 4 Ra 1ª TRª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 278, POR M. GROSDÉMANGE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.